

ESCRITO EN LOS OBJETOS, LATIENDO EN LOS ESPACIOS. Historia de vida y memoria de Paulino Roa, vecino múltiple de Pipaón (Álava, España)

David LORENTE FERNÁNDEZ

Instituto Nacional de Antropología e Historia (México)

david_lorente_fernandez@hotmail.com

WRITTEN IN THE OBJECTS, BEATING ON THE SPACES. Paulino Roa story of life and memory, multiple task neighbor in Pipaón (Alava, Spain)

Resumen: Este artículo presenta una historia de vida experimental y ofrece reflexiones teórico-metodológicas sobre su construcción. Al narrar su vida, Paulino Roa asimila el carácter de excepcionalidad y, al mismo tiempo, de representatividad que investigadores sociales, periodistas y vecinos del pueblo de Pipaón le han otorgado, siguiendo un proceso por el que termina convertido en su propio personaje. Pero su narración omite la estructura lineal y cronológica de las historias de vida convencionales. Son los cinco espacios existenciales donde transcurre su vida (huerto, cocina, taller-portal, iglesia y museo) y los objetos allí contenidos los que organizan, gracias a la memoria, un relato que condensa dos temporalidades superpuestas: el presente inmediato y cotidiano –las vida de Paulino, su esposa, su hijo, su nieta, el pueblo de ahora–; y una reactualización de la memoria histórica de la comunidad –la guerra, los oficios rurales, el esplendor de Pipaón y sus tradiciones–. Los problemas surgidos en la elaboración de la historia son el punto de partida para explorar algunas de las posibilidades textuales, innovadoras y creativas, del método biográfico en antropología.

Abstract: The article presents an experimental life story and offers theoretic-methodological reflections about its construction. When Paulino Roa talk about his life, assimilates the character of exceptionality and representativity that social researchers, journalists and neighbors of Pipaón town has granted to him, and following this process, ends up being a character of this story himself. However, his tale lacks of a linear narrative which is a characteristic of the conventional life stories. Five are the existential spaces where Paulino's life occurs (vegetable garden, kitchen, workshop-entrance, church and museum), the objects found there organize, thanks to the memory, a story that condense two superposed temporalities: the immediate present and the daily life -Paulino's life, his wife, his son, his granddaughter, the town today-; and an actualization of the historic memory of the community -the war, the rural jobs, the splendor of Pipaón and its traditions-. The problems presented during the elaboration of the story are the starting point to explore textual possibilities, innovative and creative, to develop the biographic method in the Anthropology.

Palabras clave: Historia de vida. Memoria oral. Narrativa no lineal. Etnografía reflexiva. Ruralidad
Life story. Oral memory. Non lineal narrative. Reflexive ethnography. Rurality

Para Paulino Roa

A la memoria de Felisa Alonso, mi abuela materna

“Amenudo [...] , las etnografías de la persona emplean, como recurso de situación, el trabajo de observadores anteriores, en lugar de la antigua retórica del descubrimiento de una cultura prístina. O bien comprenden con mucha claridad la posición que sus sujetos ocupan contemporáneamente en la estructura social”.

George Marcus y Michael Fischer, *La antropología como crítica cultural*.

I. Introducción. Construyendo un personaje: sujeto versus contexto¹

Las primeras ocasiones que viajé a Pipaón² llevaba conmigo un ejemplar de *El disputado voto del señor Cayo*, de Miguel Delibes. Era imposible no reconocer al señor Cayo en la figura de Paulino: hombre sabio, conocedor local de costumbres, plantas y animales, memoria viva de su comunidad; era la ortodoxia personificada... Hasta tenía entonces los mismos años que el protagonista de la novela: 83, para ser exactos. Yo estaba obcecado en escribir una historia de vida clásica, literaria (casi podría decir ajena a las *circunstancias*, como se verá después), que mostrase las particularidades y vivencias de aquel individuo tan excepcional.

Paulino Roa había nacido en Pipaón en la misma casa en la que ahora vivía. Tras una infancia mísera sirviendo como criado de una familia rica y asistiendo durante sólo dos años a la escuela³, había sido llamado a filas muy joven. Entonces marchó a la guerra. Estuvo seis años cambiando de destacamento por la Península; cayó dos veces herido, conoció a infinidad de gente y se ganó la vida ingeniando actividades diversas. Cuando terminó la contienda regresó al pueblo. Allí se casó con la niña venida hacía años de Bilbao que había ido creciendo en la casa vecina. Después fue elegido alcalde y comenzó a desempeñar toda una serie de profesiones y oficios (la mayoría de ellos a *renque*, es decir, turnados entre los vecinos) hasta alcanzar el sorprendente número de 52: herrero, sacristán, barbero, enterrador, etc. En la actualidad estaba jubilado pero seguía ocupándose de sus trabajos de ebanistería, de cuidar el huerto y presidir las fiestas. Ésta era su historia.

Personalmente pensaba que Paulino constituía un buen representante de su comunidad porque había ocupado la casi totalidad de los roles existentes –desde luego, muchos más que el resto de sus convecinos–; que era una especie de “vecino múltiple”, lo que le situaba en una posición claramente privilegiada para observar la realidad y contemplarla desde un gran número de perspectivas. Había titulado mi trabajo *Vida de Paulino Roa. Historia de las maniobras, oficios y roles de un vecino múltiple de Pipaón*, y estaba muy satisfecho.

1 Una primera versión más reducida de este trabajo obtuvo en 2002 el Primer Premio del Concurso de Investigación de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Deusto, en Bilbao. Quiero agradecer a Francisco Ferrándiz y Josetxu Martínez, entonces profesores del Departamento de Antropología Sociocultural de dicha universidad, sus atinadas observaciones y comentarios. El presente artículo ofrece una interpretación más extensa y profunda a partir de los variados análisis del material realizados desde esa fecha y de la correspondencia epistolar sostenida con Paulino Roa. En el texto mantengo, no obstante, el presente etnográfico del año 2001.

2 Este pequeño municipio se encuentra ubicado entre bosques de robles y hayas en la vertiente septentrional de la sierra de Toloño-Cantabria, al sur de la provincia de Álava, casi en tierras de Rioja.

3 La vida de Paulino comienza, pues, en una posición de clara subalternidad (Ginzburg, 1997: 10); una larga serie de habilidades manuales y su desfilar por el engranaje vecinal de solidaridades, derechos y deberes que constituye el *renque* (rotación y alternancia de trabajos comunales) terminará situándolo en una posición de privilegio y reconocimiento social como miembro representativo de su cultura y memoria viva de su comunidad.

Sin embargo, y a pesar de que lo que yo pretendía hacer –pensaba– era sencillo y estaba bastante claro, pronto comenzaron a surgir molestias. Digo “molestias” y no impedimentos porque lo que propiamente empezaron a aparecer fueron todo tipo de *interferencias*. Su discurso era sólido, inamovible; las entrevistas se convertían en un monólogo unidireccional en el que –por difícil que resulte creerlo– no había forma posible de intervenir ni de guiar la conversación: el único lugar que me quedaba reservado era el de oyente pasivo que vigilaba su grabadora. (Por supuesto que lo intenté, pero los resultados dejaron bastante que desear: la situación continuó igual y el ambiente se tensó)⁴. Así pues, no me quedaba más remedio que aceptar el discurso que quisiera ofrecerme⁵. Otros inconvenientes vinieron a unirse a este problema: Paulino me hablaba apoyándose en recortes de prensa que ya contenían la información que yo buscaba, pero redactada por un periodista y no contada de primera mano por él mismo, etc.

Por último, y lo que a mi juicio era lo peor de todo, estaba la *textura* de su historia. En ella no había sentimientos, ni justificaciones, ni confidencias, ni mucho menos interpretaciones: sólo hechos. Era un interminable encadenamiento de acciones, de sucesos, de anécdotas; todas ellas lo tenían a él como protagonista. Cuando leí mi primera transcripción se me cayó el alma a los pies: aquello no era en absoluto una historia de vida. Es algo asumido que cuando alguien emplea este método espera que la persona le ofrezca una visión reflexiva sobre su propia vida; ahí es donde reside la clave. Sin embargo, lo que yo tenía entre manos era un inventario pormenorizado de “batallitas” a las que, siendo sinceros, no acababa de verle el lado revelador, trascendente. Para contar puros hechos –pensaba– no era preciso recurrir al método biográfico; podía hacerlo yo directamente.

En suma, una y otra vez chocaba contra un muro infranqueable. ¿Qué sucedía? ¿Era culpa mía no lograr conseguir la historia deseada? ¿Estaba actuando de manera incorrecta? ¿O no tenía derecho a presionar y debía conformarme con la información que él me diera, puesto que al fin y al cabo aquella era su manera de relatarla?⁶ Estaba contrariado. Hizo falta bastante tiempo para darme cuenta del fallo, de que algo que yo veía como telón de fondo de su vida –y que había aislado– tenía mucha más relevancia de lo que pensaba, hasta el punto de ocupar el primer plano. Se trataba de la condición veterana de Paulino como informante legitimado⁷.

4 Lo que lleva en cierto modo a reflexionar acerca de la pertinencia de llamar “entrevistas” a los particulares encuentros comunicativos que sostuve con Paulino. Según Jociles (2005/2006: 38), la entrevista etnográfica está sometida a ciertas imposiciones constitutivas: “En primer lugar, nos encontramos con que los temas sobre los que se habla son los de interés para el investigador/entrevistador, no del entrevistado y, en segundo lugar, está el hecho de que el primero es quien hace las preguntas, mientras que el segundo se limita a contestarlas. Ambas son, por decirlo de algún modo, ‘imposiciones fundacionales’ que crean la propia situación de entrevista, sin las cuales ésta no existiría como tal y que, por tanto, son entendidas tácitamente como convenciones por parte de los interlocutores”.

5 Se pregunta Lisón Tolosana: “¿Qué hace hablar a los informantes? O mejor: ¿cuáles son las motivaciones que les estimulan a colmar nuestros oídos con raudales de etnografía verbal? Otro postulado metodológico nos alerta y recomienda ahora a que con tanta fineza como sutileza registremos cuáles son los objetos dinámicos peirceanos (fenómenos, sucesos, personas, avatares y misterios significantes) que fascinan su atención o atraen con fuerza su curiosidad inventiva” (2000: 23).

6 Como explican Hammersley y Atkinson (1994: 72): “La negociación del acceso y la recogida de información no son, por lo tanto, fases distintas dentro del proceso de investigación. Éstas se superponen de manera significativa. Se puede aprender mucho de los problemas que acarrea la toma de contacto con la gente, así como de la forma en que ésta responde a las aproximaciones del investigador”.

7 Según Velasco y Díaz de Rada (1997: 34): “tradicionalmente la calificación de ‘informante’ se ha reservado para los sujetos de estudio en general. Su condición de informantes es transferida –y a veces invocada– como categoría de legitimación para todo lo que su propia cultura tiene de discurso y para el discurso transmitido sobre su propia cultura. No obstante, la categoría ha sido específicamente reservada para el *informante bien informado*, el *informante cualificado*, es decir, aquel sujeto a quien su papel social, o sus capacidades personales (memoria, sagacidad,

Desde hacía aproximadamente 30 años, Paulino había comenzado a ser consultado con frecuencia por periodistas, investigadores privados y antropólogos. Habían aparecido artículos sobre “el hombre de las cincuenta profesiones” en los periódicos⁸; diferentes revistas le consultaban a menudo sobre oficios tradicionales⁹; había servido de informante a distintos antropólogos¹⁰ y, quizá lo menos desdeñable de todo, había aparecido como autoridad local en diversos programas regionales de televisión (ETB2). En Vitoria el nombre de Paulino Roa no resultaba en absoluto desconocido. Lógicamente, todo esto había afectado de alguna forma a la percepción que él tenía de sí mismo, a la consideración de las expectativas que la gente tenía de él y a los motivos por los cuales se le consideraba *representativo*¹¹.

Por otro lado, entre los vecinos del pueblo Paulino (guardián de la tradición, voz de la experiencia) era el encargado de officiar las fiestas; a menudo se señalaba que cuando él faltase muchos ritos dejarían de celebrarse¹². Entre ellos ocupaba un puesto de prestigio, y los días de semana, cuando faltaba Pilar Alonso, la responsable, se encargaba personalmente de enseñar el museo etnográfico (del que él mismo –con el mayor respeto– constituía sin lugar a dudas la posesión más valiosa)¹³. El propio recibidor de su casa era otro museo, un museo abierto y personal de la vida de Paulino; en él se exponían piezas de madera tallada (adornadas con su firma), herramientas para esquilarse bueyes, cráneos de jabalí cazados por él mismo, una carta enviada por el Papa Juan Pablo II como agradecimiento a un regalo y una serie de fotografías enmarcadas en las que el interesado aparecía estrechando la mano a personajes ilustres o presidiendo escenas de la vida del pueblo.

Todo esto, unido a un detallado análisis de su discurso narrativo (cimentado con continuas llamadas de atención y apelaciones a su presencia en los hechos, a su carácter de testigo o protagonista¹⁴), no hizo sino abrirme los ojos a una realidad mucho más profunda y matizada que la que yo quería ver al comienzo. Si pretendía llevar a cabo un trabajo riguroso, verdadero, tenía que abandonar la idea primera –prejuiciada e impuesta– de elaborar una historia de vida tradicional donde Paulino apareciese como representante extraordinario de

habilidad verbal... y tal vez buen entendimiento con el investigador) lo convierten en ‘autoridad’ inmediata sobre un campo de saber (y su propia cultura lo es al ser propuesta como campo de investigación)”.

8 “Paulino Roa, el hombre de las ‘cincuenta’ profesiones” apareció en *El correo español-El pueblo vasco* el 2 de abril de 1989.

9 *País Vasco. Tipos y costumbres*, nº 15. Álava: Ed. Mediterráneo.

10 Véase, al respecto, el estudio de Martínez Montoya (2003).

11 “Uno de los procesos más significativos que han subvertido la inclinación a hallar lo prístino en el trabajo de campo es la adaptación de los pueblos que durante largo tiempo fueron sujetos del interés antropológico, a los propios antropólogos y a su retórica habitual. [...] Los pueblos que en particular han llegado a ser sujetos clásicos de la antropología [...] conocen muy bien su condición y asimilaron, con cierta ambivalencia, el conocimiento antropológico acerca de ellos como parte de la percepción que tienen de sí mismos” (Marcus y Fischer, 2000: 68).

12 Hablando de la fiesta de “quema de pellejos” que se celebra la noche del 7 de diciembre, cuya finalidad es la de purificar el pueblo mediante el fuego, dice Paulino: “Y vienen a que lo haga yo, a que haga la lumbre [en la carretilla] para prender todos aquí” (P. Roa, 22-11-01). Véase, sobre este aspecto, Lorente (2003).

13 La oposición personal entre Paulino Roa y Pilar Alonso es un hecho fundamental para entender muchos aspectos de su posición social actual tanto dentro como fuera de Pipaón. Representan, respectivamente, la experiencia, el carácter autodidacta, la memoria vital y la dimensión *emic*, por un lado, frente al conocimiento de archivo, la erudición, la versión histórica y la dimensión *etic*, por otro. Huelga decir que vecinos y visitantes acreditan y legitiman la primera postura e ignoran o desconocen la segunda, situación que ha provocado un conflicto subterráneo pero que aflora a la hora de reivindicar cada cual su *autoridad etnográfica*.

14 Estamos ante un caso singular en el que es el propio informante –no el antropólogo– quien emplea estrategias textuales (orales) para acreditar su autoridad etnográfica. El “estar allí” referido a un espacio *físico* lejano que acuña C. Geertz se tornaría en este caso una referencia a un espacio *temporal* lejano. Por lo demás, valgan sus palabras: “La habilidad de los antropólogos para hacernos tomar en serio lo que dicen tiene menos que ver con su aspecto factual o su aire de elegancia conceptual, que con su capacidad para convencernos de que lo que dicen es resultado de haber podido penetrar (o, si se prefiere, haber sido penetrados por) otra forma de vida, de haber, de uno u otro modo, realmente ‘estado allí’ ” (1997: 14).

su comunidad y aceptar la realidad de los hechos: que Paulino Roa, conocedor por otros de lo significativo de su existencia, había desarrollado una narración de su vida atendiendo a la especial categoría en la que estudiosos y vecinos le habían situado, comenzando así un proceso de construcción por el que él mismo terminaría convertido en su propio personaje¹⁵.

Naturalmente, aunque este aspecto concreto de su existencia sería por sí mismo suficiente para dedicarle toda una investigación, mi propósito principal no se agota en él. Como se verá a continuación, lo que pretendo es mostrar cómo Paulino recuerda su vida a partir de una serie de objetos inscritos en determinados espacios. No obstante, he creído imprescindible definir previamente su posición etnográfica con el fin de situar al informante en un contexto cultural muy concreto, al mismo tiempo que ofrecer una clave interpretativa reveladora para cualquiera que se acerque a su historia. La vida de Paulino Roa es compleja; ofrece diferentes prismas desde los que resulta posible su lectura (algunos de los más importantes han sido enunciados ya en este apartado). Resumiendo: si, como mantiene C. Geertz (2000: 327), “las sociedades contienen en sí mismas sus propias interpretaciones”, el caso de este vecino de Pipaón supone sin lugar a dudas un ejemplo excepcional.

II. Teoría y metodología: cinco ámbitos, varios objetos y un interlocutor ausente

“Para mí la etnografía es, en primer lugar, el arte de saber convivir con el otro. Pero en ningún momento esta convivencia ha de concebirse como una estrategia para mejor lograr los objetivos que el etnógrafo se propone. El trabajo etnográfico en una comunidad extranjera no es un derecho, es una confidencia. Las confidencias no se exigen, se hacen libremente. Y, para que sean etnográficamente válidas, han de nacer de una relación humana sincera”.

Lluís Mallart, *Soy hijo de los evuzok*

Escrito en los objetos, latiendo en los espacios puede considerarse una historia de vida experimental. Quiero decir con ello que fueron las propias circunstancias cotidianas del trabajo de campo –la forma espontánea y natural en que se desarrollaron los acontecimientos– y no una ordenación posterior lo que terminó imponiéndose finalmente al escrito como una estructura inherente, y al mismo tiempo, precisa, que no necesitó apenas modificación. La realidad me ofrecía abiertamente un modelo de presentación original; yo no tuve más que reconocer su coherencia y adoptarlo. El resultado final presenta el aspecto de un caleidoscopio simultáneamente fragmentado y orgánico, una intersección espacial y temporal, un puzzle. La historia de Paulino Roa es la historia de un día de su vida –excepcional sólo hasta cierto punto–, desarrollada en cinco espacios existenciales (huerto, cocina, taller-portal, iglesia y museo) en la que entremezclan, principalmente sugeridos a través de los objetos, los recuerdos de dos temporalidades superpuestas: la vivencia cotidiana del presente: sus quehaceres, su nieta, el pueblo de ahora; y una reactualización de la memoria histórico-comunitaria: la guerra, los oficios rurales, el esplendor de Pipaón y sus tradiciones.

En este sentido, frente al uso tradicional del método biográfico¹⁶, la experimentación for-

15 C. W. Mills ya ha señalado, en este sentido, la necesidad de “percibir la interrelación del hombre y la sociedad, de la biografía y de la historia, del yo y del mundo [...]. La imaginación sociológica nos permite captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad” (1998: 23-26).

16 A mi juicio, un gran número de historias de vida “clásicas” adolecen del mismo defecto que se les censuraba a las primeras etnografías funcionalistas: el *presente etnográfico*. El empleo principal de sujetos ancianos o el relato de sucesos pasados y finitos produce una visión cristalizada de la cultura, una fotografía paralizada de la existencia. Modelos interpretativos abiertos al cambio y estructuras textuales liberadas del cronologismo ofrecen, por su parte,

mal y temática ha sido ya empleada contemporáneamente por diversos autores en textos concernientes a la persona. Crapanzano con *Tuhami: Portrait of a Moroccan* (1980), o Shostak en *Nisa* (1983), ponen de relieve el modelo del diálogo a la hora de la construcción de su investigación o reflexionan acerca de las relaciones del antropólogo con sus informantes¹⁷. Al mismo tiempo, como Marcus y Fischer (2000: 77) ya han señalado, “en el esfuerzo por mejorar las descripciones del largamente buscado ‘punto de vista nativo’, esos experimentos se valen de diferentes estrategias textuales para transmitir a sus lectores una comprensión más rica y más compleja de la experiencia de sus sujetos. Estas etnografías de la experiencia, como las denominamos en general, se esfuerzan por hallar nuevas maneras de [...] persuadir al lector de que la cultura tiene más importancia de lo que supone”¹⁸. Nos encontramos en una situación definida por el desafío de los programas de investigación “comprensiva”¹⁹, más nuevos, a los programas positivistas imperantes; algo ya señalado también por J. J. Pujadas (1992: 8) al referirse al debate “humanismo versus positivismo” y la creciente restitución del ser humano como principal *sujeto* de estudio simbolizada por el empleo del método biográfico en el ámbito de las Ciencias Sociales²⁰.

Si aceptamos la existencia en las culturas –fruto de su integración (Benedict, 1989: 58)– de un principio subyacente o *ethos* (tono emocional), considero de gran interés para esta investigación la técnica propuesta en *Naven* por Bateson como complemento al estudio funcional: “el artista se contenta con describir la cultura de tal manera que muchas de sus premisas y las interrelaciones de sus partes están implícitas en su composición. [...] Puede escoger palabras cuyo sonido mismo sea más significativo que su significado léxico, y puede agruparlas y acentuarlas de tal manera que el lector de forma casi inconsciente recibe una información que no está implícita en las frases y que al artista le resulta difícil –casi imposible– expresar en términos analíticos. Esta técnica impresionista es completamente ajena a los métodos de la ciencia” (1990: 17-18). A mi juicio, la sugerencia resulta aún más valiosa cuando –como en esta monografía– es el propio informante y no el antropólogo quien emplea esas técnicas artísticas de presentación. Puesto que durante el trabajo de campo fue así como ocurrió, he empleado exclusivamente el estilo directo para evitar un control autoral externo y ceder por completo la palabra a su protagonista, posibilitando un diferente modo de autoridad. Según J. Clifford (2000: 71): “las intenciones de los informantes están sobredeterminadas, sus palabras son política y metafóricamente complejas. Si se les acuerda un espacio textual autónomo y se las transcribe en longitud suficiente, las afirmaciones indígenas tendrán sentido en términos diferentes a los del etnógrafo que las manipula. La etnografía estará invadida por heteroglo-

resultados interesantes. En otra investigación he mostrado el ejemplo de una historia de vida donde el juego con los planos temporales explica la vocación y el proceso de iniciación de un especialista ritual (Lorente, 2010: 100-102).

17 La negociación de una visión compartida de la realidad puede verse también en Paul Rabinow (1992).

18 “La tensión esencial que alimenta esta forma de experimentación deriva del hecho de que la experiencia siempre ha sido más compleja que la representación que de ella permiten las técnicas tradicionales de descripción y de análisis en la escritura de las ciencias sociales. Las ciencias sociales positivistas no consideraron que la descripción plena de la experiencia fuese su tarea, y la dejaron en manos del arte y la literatura [...]. Las etnografías de la experiencia intentan hoy hacer un uso pleno del conocimiento que el antropólogo adquiere en el trabajo de campo, que es mucho más rico y variado que el que ha sido capaz de infundir a las monografías analíticas convencionales. La tarea de esta tendencia de la experimentación es, por lo tanto, ampliar los límites actuales del género etnográfico a fin de escribir informes más completos y más ricamente producidos de otras experiencias culturales” (Marcus y Fischer, 2000: 78).

19 Heredera del relativismo, “la antropología comprensiva opera, pues, en dos niveles al mismo tiempo: suministra informes de otros mundos desde el interior y reflexiona acerca de los fundamentos epistemológicos de tales informes” (Marcus y Fischer, 2000: 53).

20 Nos encontramos inmersos en una corriente humanista –ideográfica y particularista– de orientación cualitativa que propone la recuperación del ser humano concreto con toda su subjetividad; un interés fundamentalmente interpretativo-hermenéutico y una perspectiva que enfatiza el aspecto dinámico orientado a comprender los procesos de cambio social.

sia". En este sentido, "es intrínseco a la quiebra de autoridad monológica que las etnografías ya no se dirijan más a un único tipo de lector [...]. Las obras polifónicas están particularmente abiertas a lecturas no planificadas específicamente."

Al mismo tiempo, el empleo del método biográfico –propia­mente el "relato de vida" o *life story*²¹– como proceso de construcción textual me permite ofrecer un conocimiento directo estableciendo a la vez un contacto empático²² entre el informante y el lector. El interés se dirige especialmente hacia "teorías y construcciones de la persona formuladas a partir de discursos y comentarios indígenas. Estos contienen reflexiones acerca del desarrollo y el ciclo vital humanos, la naturaleza del pensamiento, las diferencias de género y la expresión apropiada de las emociones, todo ello visto desde perspectivas culturales diferentes" (Marcus y Fischer, 2000: 83)²³. Sin embargo, y a pesar de todo lo dicho, no sería en suma sino un intento de cumplir más eficazmente lo que Malinowski ya definió en 1922 como el propósito de la etnografía: "captar el punto de vista del nativo, su relación con la vida, comprender su visión de su mundo" (1973: 25).

En lo que respecta a los conceptos adoptados en la investigación, éstos son principalmente dos y aparecen ya enunciados en el título: el término *vecino múltiple* y la noción de *memoria*. El primero alude a lo que podríamos llamar la "representatividad ambigua" de Paulino –hemos visto que es, a un tiempo, esencialmente significativo y excepcional–, y podría definirse como el individuo que, en una comunidad local de roles cambiantes, ha ocupado la inmensa mayoría de ellos (o al menos más que cualquiera de sus convecinos)²⁴. La noción de "memoria", por su parte, la aplico a una presencialización de los recuerdos –individuales y comunitarios o históricos– a través de un referente inmediato como son los objetos²⁵. Frente al lugar común de que los museos reifican la cultura reduciéndola a su dimensión material, Paulino operaría de forma inversa resucitando, insuflando vida a los objetos e incorporándolos mentalmente a una dimensión sociocultural.

En el conjunto de mi trabajo de campo²⁶, esta narración es el resultado concreto de diez horas de entrevista biográfica (repartidas en dos sesiones de once de la mañana a cuatro de la tarde durante los días 7 y 22 de noviembre de 2001) y la transcripción íntegra de seis horas de grabación contenidas en cuatro cintas de 90 minutos. Como cuenta Oscar Lewis al referirse a la metodología empleada para elaborar *Los hijos de Sánchez*: "no utilicé ninguna técnica secreta, ni drogas especiales, ni diván psicoanalítico alguno. Las herramientas más

21 J.J. Pujadas (1992: 13-14) establece la distinción entre el *life story* o "relato de vida" como la historia de una vida tal y como la persona que la ha vivido la cuenta, y el *life history* o "historia de vida", que comprendería no solamente el "relato de vida" sino cualquier otro tipo de información o documentación adicional con el fin de reconstruir la biografía de la forma más exhaustiva y objetiva posible. Un relato de vida clásico es, por ejemplo, el de Juan Pérez Jolote (Pozas, 1998). Sobre el concepto de "relato de vida" véase también Bertaux (2005).

22 Dice de las biografías O. Lewis (1992: 18): "ello proporciona un conocimiento más íntimo de la psicología del individuo y de su tono sentimental, así como una visión indirecta y subjetiva de la dinámica familiar".

23 "La concentración en la persona, el yo y las emociones –temas, todos ellos, difíciles de explorar en marcos etnográficos tradicionales– es una forma de llegar al nivel en el que más profundamente arraigan las diferencias culturales: los sentimientos y las complejas reflexiones autóctonas sobre la naturaleza de las personas y las relaciones sociales" (2000: 82).

24 Me refiero a la lógica de "rotación y alternancia" tomada del ciclo de la naturaleza y que guía el sistema tradicional de derechos y deberes colectivos en las comunidades rurales (locales) europeas, con diferentes formas de turnarse las ocupaciones: en este caso, el *renque* (Martínez Montoya, 1998).

25 Explica Francisco Ferrándiz: "Desde la antropología se entiende que las vías de acceso al pasado disponen en cada contexto cultural de lenguajes y soportes culturalmente relativos, que funcionan en campos interpretativos de gran complejidad [...]. Desentrañar estos lenguajes y sus contextos de enunciación es un reto básico de la historia oral. Pero también es importante reconocer que las formas de memoria popular o subalterna no permanecen estables, sino que se están transformando continuamente, por lo que requieren modelos de interpretación y análisis igualmente versátiles" (2011: 128-129).

26 Mi trabajo de campo abarcó varias visitas a Pipaón entre el 13 de octubre y el 8 de diciembre de 2001.

útiles del antropólogo son la simpatía y la solidaridad con la gente a la cual estudia. Lo que comenzó como un interés profesional en sus vidas se convirtió en amistad cordial y duradera. Llegué a interesarme profundamente en sus problemas...” (1975: xxix-xxx). Otro tanto puedo decir que me sucedió a mí.

Sin embargo, en cuanto a la entrevista biográfica como técnica –según la definición que ofrece Pujadas (1992: 66-67)²⁷–, ésta fue un rotundo fracaso. Antes que un diálogo abierto construido sobre la mutua negociación, como apuntaba más arriba²⁸ mi papel se limitó exclusivamente a registrar la “historia de vida” que Paulino ya había confeccionado hace tiempo sobre sí mismo y ahora libremente me ofrecía²⁹. Cualquier posibilidad de desviación o nuevo enfoque estaban, por tanto, descartados. Además, no había manera de imponer orden en aquel mosaico disperso de anécdotas y recuerdos. Mi sentimiento era de desesperación. Sólo mucho tiempo después –tras haber transcrito un par de horas de conversación– reparé, por el contrario, en que la situación me ofrecía una ventaja excepcional: los temas de los que hablaba, así como los criterios de selección o la importancia y extensión que dedicaba a cada uno de ellos, se debían exclusivamente a su propia iniciativa. Forma y contenido eran desarrollados conjuntamente por Paulino en un discurso propio, personal y coherente; sólo restaba encontrar la clave y trasladarlo al texto.

Esto vino de la mano de la observación participante. “En la dialéctica entre los polos de observación y participación, la participación transforma al antropólogo y le lleva a una nueva observación, en donde ésta modifica su forma de participar” (Rabinow, 1992: 84). Al haberlo acompañado de un sitio a otro con la grabadora en la mano (era él quien proponía el plan diario), pronto me fijé en algo: primero, que cada cinta había sido grabada en un lugar determinado (1.cocina; 2.museo; 3.huerto-cocina; 4.taller-iglesia); segundo, que la suma de estos lugares constituía su *topografía vital cotidiana*; tercero, que los espacios estaban poblados de objetos a través de los cuales Paulino articulaba sus recuerdos. Debía trasladar, pues, este descubrimiento al texto.

Quedaba así resuelto el aspecto espacial; el temporal vendría a continuación. Una vez más regresé sobre la novela *El disputado voto del señor Cayo*. En ella Delibes había resuelto de forma certera el problema de la temporalidad: utilizaba *el día* como unidad para conjugar simultáneamente, y a través del protagonista, la existencia cotidiana de un pueblo casi extinto y la profundidad retrospectiva de la memoria histórica. Adopté la idea. En el campo de la antropología O. Lewis había hecho otro tanto en *Antropología de la pobreza* con lo que llamaba “realismo etnográfico” –la cita es amplia pero merece la pena–: “La selección de un día como unidad de estudio ha sido un recurso común del novelista. Sin embargo, rara vez ha sido empleado antes y ciertamente nunca se había explotado por el antropólogo. En realidad tiene tantas ventajas para la ciencia como para la literatura, y proporciona un medio para combinar los aspectos científicos y humanísticos de la antropología. El día [...] es una unidad de tiempo suficientemente pequeña que permite el estudio intensivo e ininterrumpido por el método de la observación directa y encaja en forma ideal en las comparaciones

27 “un diálogo abierto, con pocas pautas, en la que la función básica del entrevistador es estimular al sujeto analizado para que proporcione respuestas claras, cronológicamente precisas, en las que se expliciten de la forma más amplia posible las referencias a terceras personas, a ambientes y lugares concretos en los que transcurren los distintos episodios biográficos”.

28 Todo lo referente a la metodología debe ponerse en relación con las especiales características de Paulino como informante expuestas en la Introducción a este trabajo, “Construyendo un personaje: sujeto versus contexto”.

29 No obstante, esto no es estrictamente cierto ya que, aunque mis intentos por dirigir la conversación no tuvieron éxito en absoluto, mi propia presencia allí, mi condición de persona joven, que fuese hombre y no mujer o las expectativas que Paulino poseía de mi investigación (apenas fue necesario explicarle nada; era algo natural que la gente acudiese a él en busca de información de una u otra clase) condicionaron activamente su discurso (véase Hammersley y Atkinson, 1994: 110).

reguladas” (1992: 19). Al mismo tiempo –añade– permite lograr documentos históricos que pueden utilizarse para comparaciones interculturales ahora y en el futuro.

Tenía entonces resuelta la manera de combinar ambas dimensiones en una forma que, a mi juicio, era al mismo tiempo la que más fielmente reflejaba las condiciones de la realidad y la que presentaba una mayor riqueza de planos y matices en su organización textual: el presente inmediato y cotidiano de una persona viva se fundía con la memoria histórica de su comunidad. Sólo tuve que realizar unos pequeños ajustes para transformar en uno los dos días que habían concentrado la grabación. Si lo hice fue porque consideré que no alteraba sustancialmente los sucesos y porque era muy posible que, o bien hubiese podido sucederme a mí así, o le sucediese así a otra persona que visitase a Paulino en el futuro.

En cuanto a la redacción de la historia, como dice J. Clifford (2001: 59): “los datos constituidos en condiciones discursivas y dialógicas sólo pueden ser objeto de apropiación en una forma textualizada [...] . Las experiencias se transforman en narrativas, acometimientos significativos o ejemplos.” En una investigación de este tipo el grado de elaboración textual, ya de por sí inseparable de la práctica antropológica (Geertz, 1997), suele ser considerable³⁰. En este caso pienso sin embargo que la transcripción refleja en gran manera la estructura original, aunque en algunos momentos pueda parecer –debido a la propia puesta en escena teatralizada de los acontecimientos–, que el grado de adecuación fue superior al que realmente se dio. Las únicas modificaciones que he realizado han consistido en omitir mis preguntas y eliminar las repeticiones molestas para el lector, pero manteniendo siempre el sentido original y la transcripción literal de las palabras que transmiten la peculiar forma expresiva de Paulino. Al mismo tiempo, he intentado mantenerme oculto en el texto insinuándome sólo como una especie de *interlocutor ausente* con el que le resulte posible identificarse al lector; lo que no ha sido difícil si se tiene en cuenta que apenas hacía preguntas, sino que me limitaba a escuchar. En cuanto a las propias características del discurso oral, toda versión escrita priva siempre de la riqueza de sentido que supone la entonación y cualquier esfuerzo tipográfico que se haga al respecto resulta en contraste frustradamente pobre.

Una dificultad grande con la que he topado ha sido la manera de representar la referencia continua a objetos inmediatos. No es lo mismo transcribir unos recuerdos articulados cronológicamente que ordenar vivencias discontinuas a través de objetos que el investigador está viendo pero el lector no. “Ése”, “ésta”, “aquí”, “allá”, “como aquél”, etc., llegan a exasperar la atención de cualquiera y convierten la lectura en una tarea desagradable y pesada. Haber logrado mitigar este efecto manteniendo intacto el sentido original lo considero uno de los mayores logros de la transcripción. He intentado también en este sentido situar al lector por medio de acotaciones y breves composiciones de lugar. La unidad temporal basada en el día resultó una tarea más sencilla: las campanas de la torre sonaron siempre en el momento preciso y sólo tuve que introducirlas en el texto.

Sin embargo, algo de trabajo le queda también reservado al lector. Las historias de vida inducen u obligan a leer entre líneas; es el destinatario quien debe extraer en gran medida las claves, los elementos significativos, pues no podemos exigirle a la persona biografiada que establezca, por poner un ejemplo, un inventario jerarquizado de sus valores, etc. La información se revela de manera implícita y será en gran medida tarea del lector ir completando con inteligencia detectivesca el puzzle al que se enfrenta³¹.

30 “Al preparar las entrevistas para su publicación, he eliminado mis preguntas y seleccionado, ordenado y organizado sus materiales en autobiografías congruentes. Si se acepta lo que dice Henry James de que la vida es toda inclusión y confusión, en tanto que el arte es todo discriminación y selección, entonces estas autobiografías tienen al mismo tiempo algo de arte y algo de vida. Creo que esto de ninguna manera reduce la autenticidad de los datos o su utilidad para la ciencia” (Lewis, 1975: xxxi).

31 Siguiendo a Velasco y Díaz de Rada (1997: 105): “la lectura transcultural de monografías puede despertar en el etnógrafo una sensibilidad hacia el extrañamiento, al conducirlo, *en el acto de lectura*, a otros modos de vida”.

III. Con Paulino Roa

“Las historias ya nacen como tales al contárselas uno a sí mismo, antes de que se presente la necesidad, que viene luego, de contárselas a otros [...] de hecho, en nuestras evocaciones solitarias existe un primer esbozo narrativo donde se contiene ya el germen esencial y común a toda invención literaria: la facultad de escoger. No es recordar, sino seleccionar los recuerdos de una determinada manera, lo que convierte al protagonista de cualquier situación, cuya mera repetición fotográfica no le puede contentar, en narrador (o sea sujeto y artífice) de ella”.

Carmen Martín Gaité, *La búsqueda de interlocutor*

en el huerto

...Ahora le he llevado perejil a la mujer para el guiso. (Señala la tierra húmeda a sus pies) Esto lo ha escardado la Nena; la Nena ¿la viste?, ¡la has visto! Al colegio ha marchado a las ocho y media. Aquí tenemos sembrado de todo: la margarita de la Tierra Bella, y un poco de huerto, mira. Ayer les quité a los tomates los sacos para cuando hiela. Se han puesto muy maduros... lo abres, con un poco sal... Y lechugas; ¡mira la que se desgranó cómo nace en el orillo! La sacas con raíz y la hincas en la tierra donde caves bien. Y ahí había zanahorias. Como esas berzas las tengo en otra huerta como de cinco kilos, ¡buehhh! [Campanadas en el reloj de la iglesia: las once] . Pues la Nena ya sabe todo esto y conoce eso, conoce esto, conoce... todo. ¡Fíjate!, eso son acelgas, que ponen albardadas. Esto son ciruelos, para trasplantarlos en un sitio, unos ciruelos que no hay en el pueblo ninguno de esta clase, especial. [“¡Paulino!” –llama Asun desde la cocina–] . Y aquí hay garbanzos, que he arrancado y tengo muchos que apalea en el almacén de ahí abajo; para sacarlos (mostrando uno sin pellejo en la palma de la mano), para que salgan así: para que se queden como éstos. Esto se siembra. ¿Cuántos crees que puede echar uno de éstos? Vamos a la cocina, al calor.

en la cocina

Hoy ha helado aquí. Han subido al monte Javier y la nuera y dicen que estaba blanco, de hielo. Mira los garbanzos... Hay que sacarlos al sol para trillarlos, con el tractor, a pisarlos, y aventarlos con una máquina que tengo. A uno de éstos ¿cuántos crees que le he cogido? Empezó a sacar así... Daba gusto. Y hay algunos gemelos, dice la Nena. Dice: “¡agüelo, gemelos!”. Están unidos y que no se separan aunque los pises... De uno hemos cogido, en una bolsica los tengo, 534 ¡Contados! Luego son para vender, porque nadie siembra aquí. Sembré porque me gusta... Pues caprichos que dices ¡coño, voy a sembrar garbanzos! Esos son para comer, los echa la mujer a remojo... Y mejores que los que venden en la plaza esos gordos [“más suaves” –matiza Asun–] que sacan un pellejo como castañas. Éstos son más sabidos y no les ves pellejos cuando están cocidos, de finos. Y tenemos ahí...

(Se pone las gafas)... semillas... (crujido de sobres). Me gusta tener porque así sabes lo que siembras, y si vas a la venta no sabes lo que venden. Recogí simiente de berza –como esos repollos que has visto– y lo tengo precintado. [“¿Has visto las grandes, las grandes-grandes?” –dice Asun–] . Mira, fíjate: de un granito así en la huerta hay bolas como este zurrón, igual pesan seis kilos. ¡Y todo tiene que salir de una simiente como ésa! En marzo-abril, si hace bueno, siembro un corrico como esta mesa –que se dice un pollo–, cavas, lo simientas y lo revuelves un poco, y nace. Y luego para ir sacando y plantando. Y tengo... ¡perejil!, que ahora le he traído a la mujer porque está guisando unos pollos, que se los he

picado yo... Y lo guardo, porque guardando, lo encuentras; incluso me gusta apuntarlo...

¡Hemos tenido una nevada así! Treinta y tantos centímetros de nieve... Todavía hay nieve en la pared de la iglesia, ha dicho Ainara, la Nena. (Golpes en la puerta) [“¡Que no estamos, no hay nadie!” –ríe Asun–] ¡Carlos! Amigo Juan Carlos, ¡meca! –éste es el cartero (lo presenta Paulino)–. ¿No me habías de dar nada? [“¿Qué quieres, algún millonaje? –ríe el cartero, y después, serio–: ¿Se te ha muerto alguna hermana, no?”] Sí. Ha salido en *El correo español*, lo han mirado en el bar. Setenta y cuatro años, la más joven de siete hermanos. Diez años menos que yo. ¡Pues oye, así es la vida, eh! [“Así es –dice el cartero–, cuando más esperas y cuando menos esperas.”] Y luego yo venga a esperar, venga a esperar, a ver si me echáis un giro. [“Tú, que no te pasen accidentes... ¡Y que no me des mucha guerra aquí a la Asun, que si no te tengo que dar con el palo!”] ¡Me cagüen diez!; eso no quisiera... (sale el cartero cerrando la puerta) [“Hasta luego” –dice Asun–] . Mira, ésta es la hermana (Paulino alarga un papel): dos recordatorios. Setenta y cuatro años. De siete hermanos, la más joven. Quedamos tres; cuatro ya han muerto, un chico y tres chicas. (Resignado) ¡Ya no quedan más chicas! (Suenan campanadas en la torre: las doce).

(Coloca su abultada cartera sobre la mesa; abriéndola) Luego me riñe la mujer, porque llevo más cosas... Dice, llevas ahí más... cacharros. Aquí tengo todavía un papelito de cuando estuve en Alagón, para que veas (extiende una foto): un amigo de Mondoñedo, Lugo, y nos comunicamos. En aquel tiempo el obispo de Mondoñedo era tío de este: Francisco Leno Díaz... Y éste (otra foto) es un amigo de Navarra, ahora está en Logroño; entonces... no sé lo que te iba a decir... estaba buscando... Ah, ¡el cañón!...

Cuando estaba yo soldado en Gerona me hice barbero, y peluquero, esquilador de los mulos. Yo me agarraba a todo lo que tenía pelo... ¡Y se reían de mí, cuando salí esquilador! Un día íbamos todos formados y sale el teniente delante de la fila y dice: “¡A ver, hace falta un esquilador para los mulos de la primera batería, alguno que sepa esquilar, que dé un paso al frente!” –yo estaba firme (la mano en la sien)–. “¡Que dé un paso al frente!” Bajé la mano. “¿Usted es esquilador?” “¡De profesión, mi teniente!” “Pues mañana vaya a comprar la herramienta necesaria para esquilar a los mulos; y pida factura” ¡Joder, yo no sabía lo que era factura! Claro, factura es ir a una ferretería a comprar y te dan un recibo para ir luego a la Plana Mayor a entregar; para que pidan la cuenta. ¡Jodeer, yo me veía ya allá en un jaleo...! Y no sabía lo que había que comprar; pero agarré, voy a escape a la otra batería, y oye, ¿qué herramienta hay que comprar para esto? Nada, una máquina de esas de esquilar mulos y un acial, y una tijera y un ramal para atarles las patas por si brincan. Bueno... ¡Pues ya está arreglado, ya está solucionado! Al día siguiente yo a comprar herramienta y tal. Y todos en Gerona iban a la instrucción, con los cañones y con los mulos, y yo iba a la cuadra y decía: ¡A ver, este mulo hay que dejarlo, que hay que esquilarlo! Se reían de mí, ¡el esquilador!... Yo iba sonando las tijeras... Pero cuando llegó el día del licenciamiento todos querían ser esquiladores; porque yo no hacía nada. Y los demás tenían que ir a instrucción, a maniobras, y a eso... Joooder. “¡Oye, tú di que soy esquilador!” –como yo me iba a licenciar–: “di que soy esquilador”... Oye –digo–, antes os reías de mí y ahora... Y así fue; empecé allá. Había visto esquilar y empecé a arreglar. Yo he sido barbero aquí, tengo la silla de barbero en el museo. Tuve la barbería aquí, cuando vine de la guerra. Me casé y tenía un cuartico en la cuadra, y cobraba a 25 céntimos el corte de pelo, ¡para que veas!

Yo he sacado dinero... Estando en el frente hacía anillos de pastas de fichas de dominó negras y blancas: los cerraba y los pegaba y hacía para ponerles fotografía en el sello. Con una sierrita sacaba trocicos... Venía uno: “¡Ponme la foto de la novia!” Hacía anillos –no sé si lo pone ahí (en el recorte de periódico)– y los vendía como churros. Yo sacaba muchas perras, eh majó. ¡Así! A mí no me faltaba dinero. Y yo aquí en el pueblo era de los más pobres, mi madre no tenía nada... Estaba yo en Teruel, íbamos a atacar, a coger el monte en plena batalla, y estábamos jugando a las chapas, dinero, los soldados, y yo ganaba siempre. Uno de los camilleros era de ahí de la Rioja, y dice: “¡Me cago en Sandios!, Roa –dice–, como caigas

herido... ¡Como caigas herido te tiramos por un barranco y te robamos los cuartos!” (Ríe) Lo recuerdo como entonces, cómo se llamaba y todo. Yo sacaba, pues eso, a todas las cosas...

Yo he hecho a todo, a todo lo que ha habido que hacer. En la mili y en la guerra ponía inyecciones. El día 27 de marzo del 39, Santa Alicia, cuatro meses antes de acabar la guerra, caí yo herido en Viyata, provincia de Córdoba, para Ciudad Real, de un cañonazo en el frente. Nos llevaron a mí y a otro canario, un tal Raúl Arrocha, en la misma ambulancia a la Cruz Roja que esta al lado de la Mezquita –Córdoba la conozco yo como este pueblo–. Allí estuve desde el día 27 de marzo, caí herido a las seis de la tarde, 65 hospitalidades –que tengo ahí todos los certificados guardados–, hasta que me dieron de alta el día San Fernando, el 1 de mayo, con 15 días de convalecencia a casa a reponerme. ¡Así que, fíjate! Y cuando fuimos allá al hospital... ¡Joder, era de noche! Me acuerdo más bien... La Cruz Roja eran habitaciones, no salas. Nos metieron en una habitación, me acuerdo más bien cuando amaneció... Y vinieron las chicas que hacían la limpieza –estábamos el otro compañero mío así, a la izquierda, y yo–; se asomaron, y cerraron la puerta. Pues hicimos una amistad, nosotros allá... Entonces era organizado por monjas los hospitales... Pues estuve... ¡65 días, fíjate! Todavía tengo metralla aquí. Aquí tuve metralla 17 años (en el borde de la mano), y aquí en la pierna tuve un trozo pues bastante bueno en el mismo tiempo, 17 años, y no me la sacaron entonces en el hospital, fíjate. Y 17 años después me di un golpe ahí... iba yo con el caballo y un carro y me pegué un golpe contra la pared de la iglesia. Y tuve que ir a sacarme al hospital militar; un comandante me operó. Tuve siete trozos, ¡en cinco sitios tenía!: aquí, aquí, aquí, aquí (recorriéndose el cuerpo con el índice), y en un dedo de aquí también me pegó. ¡Diecisiete años tuve la metralla puesta y no me hacía nada! Hasta que aquel día me empezó y ya tuve que ir a Vitoria y me la sacaron. Guardaba yo un trozo de metralla en un cuadro y se me extravió, ¡qué cosas!

Después fuimos allá a Guadalajara para sacarme una muela. Ésta, la primera que me saqué, que ahora no tengo más que un colmillo. Tengo la dentadura postiza ahí y no me la pongo, yo como sin nada... Para ir de Zaragoza a Guadalajara íbamos en un tren que llevaba fruta, ¡peras!, los soldados, el equipo mío, el 21 equipo de recuperación de material de guerra, a recuperar por el monte donde había estado el frente. Íbamos y dice uno: “¡Oye, oye, atrás, donde el guardafrenos, va un vagón con fruta!”. Entonces había más hambre que la puñeta; había necesidad. Y según subíamos en un puerto allá por Calatayud para delante metimos –había esos vagones de antes que tenían una ventanica con unos hierros– a un soldado, ¡pequeño, el más pequeño! Lo metimos, teniéndolo de los pies, y él adentro. Sacaba peras y nosotros las cogíamos para llenar los macutos. ¡Aquello era buena comedia! Y de aquella causa me salió a mí una infección, la primera muela que me saqué. Se me puso la cara así –no veía por ningún sitio ni podía hablar ni abrir la boca–, y tuve que ir a Guadalajara, al hospital me llevaron. Diecisiete días estuve en el hospital a base de papilla, flan... Y me querían haber sacado la muela ésta por aquí (abriendo la mejilla). Y ya la enfermera que estaba con el dentista, ¡coño!, empezó a hablar –yo tenía conversación con todo el mundo– y dice: “¿De dónde es el soldado?” De Vitoria. “¡Hombre!” –recuerdo estas palabras como si fuera ahora–. “¡Si somos casi paisanos!”. Ella era de Santander. Y puso interés con el dentista y ya decidió de a ver si me sacaba la muela sin abrirme.

En transmisiones he estado también, en una compañía de ametralladoras. Eso sin haber estudiado ni nada. Entonces hablabas por morse de aquí a dos kilómetros o tres. Tienes que saber las letras [“bájame este bote, Pauli” –pide Asun–], tienes que saber la “a” (coge un lápiz para escribir). ¡Se ha comido la punta la Nena! Ésta es la “a”: punto-rama; la “n”: raya-punto; la “s”: tres puntos. Y para empezar tenías que tener los heliógrafos, de día, con sol. Y con linterna también, de noche; pero sí hay niebla no puedes, claro. Y para pedir comunicación tenías que llamar. Si el otro está combinado, te contesta; y entonces ya es cuando empiezas a hablar. Y oye, “¡pues vamos a empezar a atacar a tal hora!” ¿Sabes? Entonces no había teléfonos... existía poco la radio. Que esto se llama: “el morse”. ¡Pues yo he estado en transmisiones, sí, hombre! Yo conozco todo... [“¡Tanto hablarle de guerra, madre querida!” –corta Asun–.

“¡Háblale de otra cosa y no todo de guerra, todo de guerra!”] Oye Asun, pues que éste viene a pedirme explicaciones de esto... [“La guerra bien, pero ahora cuéntale otras cosas” –corta de nuevo–.]

A Pipaón volví cuando nos licenciaron en el cabo Tarifa, en el 42 o así... cabo Tarifa, Punta Paloma, en el Estrecho. Bajábamos a bañarnos... ¡Allá están los cañones de costa, en subterráneo a tres pisos, proyectiles de 350 kilos! Los cargan; eléctricos. Aquello funciona para cuidar el Estrecho, la llave del Estrecho. Y de allá pues se ve Tánger a 14 kilómetros, lo ves divinamente. He visto convoyes de barcos... estar haciendo guardia allá en Punta Paloma, ir a dormir, hacer las dos horas de guardia, ir a dormir, amanecer... y todavía que venían los barcos a lo lejos, ¡cuidado que se ven lejos!, parece que hace el mar así (curvando la mano). ¡Hasta 49 barcos! Venían de allá, del Atlántico, lo he visto yo... Yo he andado mucho.

Después ya vine aquí a casa. Vivía ahí en la casica donde nacimos todos los hermanos, soltero, estaba trabajando con mis hermanos más jóvenes. Mi hermano dos años mayor que yo estuvo sargento en la guerra, luego fue militar y ascendió a capitán; ya murió hace unos diez años o doce. La hermana de Baracaldo tiene un hijo que anda por ahí trabajando como intérprete... Fíjate, ¡yo soy el más corriente, el de menos sabiduría! Y luego tengo también uno que es profesor de euskera... La Nena sabe ya casi todo el euskera, la Nena ésta, ¡fíjate! Aquí no se habla, ni hemos hablado, ni hemos oído nunca, pero ella lo sabe en el colegio ahí en Santa Cruz, que suele traer todos los días un papel en euskera. Vino aquí una sobrina de Legazpia, empezó a hablar con ella y dijo: “¡Si lo entiende todo! ¡Todo lo entiende!” Es listísima, ¡buaahhh! Además es una chiquilla... Bueno, ya la has visto. Sabe todos los nombres de los términos de las fincas de aquí que siembra Javi, conoce todas las plantas: lo que es lechuga, lo que son cebollas, lo que son berzas... Oye, ¡y tiene un interés! ¡Y va a hacer dos años que vino aquí!, el día Santa Lucía, el día 13 de diciembre. Estaba nevando. Y la mandaron de allá, de la República Dominicana, la trajeron a Madrid, tuvieron que ir a por ella. Y de allá vino aquí, y cuando vino aquí... ¡Nevando! Y apenas ha cogido catarros, oye, ¡fíjate! Y sabe... Aquí viene un autobús y la cogen a ella la primera. Aquí no hay más que ella. Nada más. No hay gente; estamos todo viejos. Pues ahora llega; para las cinco y cuarto suele venir el autobús. Y a la mañana, pues a las nueve. Y se levanta siempre de buen gas. Joder, ¿importante? ¡¡Es lo principal!! Que no le veas que va de mala y a disgusto.

Y aquí me busqué a esta señora (señalando a Asun), que a los tres años vino, porque ésta nació en Begoña, en la Basílica de Begoña está la partida de nacimiento, la tuvimos que sacar para la boda. Y desde entonces se estacionó aquí, y aquí sigue, ¡que no me quiere abandonar! Antes había mucho personal en el pueblo. Ahora se han quedado 31 o 32, pero algunos se han jubilado en Vitoria, y han venido aquí y se han empadronado aquí. Más propios, propios del pueblo estamos pocos. Esta noche dicen que han llevado a un chico... ¡Me cagüen diez, qué pena! Un chico que está con la madre; sólo. Dicen que si anoche a las once... que si le dio un infarto o no sé qué. Y hay... Pues estamos pocos.

Cuando vine de la guerra enseguida salí de alcalde. Estuve seis años y medio; primero estuve de concejal. Ya nos habíamos casado. Tengo aquí felicitaciones de los gobernadores y toda la puñeta (sacando tarjetas) ¡Y había 92 vecinos! Cura, secretario, maestro, maestra –de todo–, mucho personal. ¡Aquí había mucha gente! Y después ya empezó... Al monte había que hacer la vida haciendo carbón, y marchó mucha gente a trabajar a Legazpia, a Bilbao –a todos los sitios–, a San Sebastián... Pero aquí ha habido mucha gente en el pueblo. Muchas veces me hago yo cuenta y digo ¡pero ande se metía tanta gente! Pipaón, cuando tenía 92 vecinos. Vecinos, ¿eh? ¡Y dos curas párrocos!

Las cosas del pueblo salían todas a subasta en el Ayuntamiento por las Pascuas de Navidad, que era el día de los remates, el día 26. Se iba allá, ¡y a ver quién lo hacía más barato! Se avisaba a todos los vecinos a la sala, el alcalde tenía seis concejales, yo lo he visto. Salía una subasta: “¡A ver, de campanero y sacristán!” “¡A ver quién lo coge!” Salía uno. “¿Por cuánto?” “¡Tanto!” Y el alguacil le echaba la voz: “¡A ver si hay quién amejore la postura!

¡A la de una, que se va a rematar!... ¡A la de dos...!” Y hasta la de tres. A la de tres, si no había uno que pondría mejor proposición, le daba la mano el alguacil al que lo había subastado y entonces el alcalde y el secretario lo escribían en el libro.

De enterrador también salía a subasta. “¡A ver, enterrador, por cuánto lo hace uno!” ¡Ahí había pocos! Porque muchos no querían. Yo tengo 23 años de enterrador. ¡Para enterrador hace falta valer también, ir allá a cavar y sacar huesos! Y ya cuando me jubilé al cumplir los 65 años lo dejé, porque dije que no quería que dijeran que yo le quitaba el qué comer a uno que le correspondía [“¡Uy, por Dios! –tercia Asun–], pero no hubo quien lo cogiera. No salió nadie; no lo quiso nadie. Y lo cogí yo otra vez, de enterrador seguía haciendo... Y si por enterrador cobraba 3.000 pesetas al año, a lo mejor un año no se moría nadie. ¿No se sabía los que iban a morir, no? Y a otro año igual morían dos, o tres; yo tenía que hacer igual que murieran como que no, ¡era el sueldo a tanto! Y uno, el consuegro –que vive y estamos desenamistados–, va y dice un día en el concejo: “¡Joé, tú estás cobrando sin trabajar, de enterrador!” Y le dije allá delante toda la gente: ¡Hombre, qué mejor será que cobremos, que paguéis y que no haya defunción, a cobrar yo por ejemplo una difunción tuya! Pues esos se pingaron. Y digo, para que veáis que no quiero cobrar yo gratis, lo voy a hacer a tanto por fosa –estas palabras quedaban escritas–. Si muere uno, cobro por uno; si mueren dos, cobro por dos. ¡Y para que veáis lo que soy, a 1.000 pesetas por fosa! Si no muere nadie, no cobro nada... Y así lo he seguido haciendo hasta hace un año... Muere uno, a 1.000 pesetas. Hacer un hoyo de 1, 90 de largo por 70 de ancho por aproximadamente 80 de hondo, luego tapanlo, ¡y hasta rezar un responso! Cago en diez, ¡por 1.000 pesetas he estado haciendo esa labor! Que muchos no valen para ir a cavar, y sacas huesos de antiguamente... En el hoyo que se ha hecho, que se mete la caja luego allá, echas los huesos. Yo he sacado calaveras entericas, igual llevaban 50 años o 60. El nieto que tengo en Navarra, en Marañón, de la hija, ése vino a hacer conmigo un hoyo. Y sacamos una calavera con los dientes más bonitos, más brillantes... ¡Y cogió uno! Subió aquí, estaba su madre, y viene y dice: ¡Mamá, mira, mira, un diente! ¡¡Uhhha-aahhhggg!! (riendo). Pues sí hombre, sí; eso lo he hecho yo.

Y todo salía así a subasta. Arreglar el reló, que entonces había que darle cuerda al reló de la torre cada catorce días; ahora se ha puesto eléctrico. Yo era el que iba a la torre, arriba; había que darle la vuelta a las pesas, que bajaban al suelo. Una pesa... 108 kilos, ¡la hice yo! Ahora no funcionan porque es eléctrico. Pues ésa había que subirla, con anilla, y la otra pesaba menos. Pero las dos había que subirlas y les duraba la cuerda 14 días. Cuando ya se veía que iba como fallando algo, pues subía. Le daba otra vez. Y a tocar el Ángelus. Antes se tocaba el Ángelus por la mañana, por la mediodía y al anochecer, tarde, como en los cuarteles cuando dicen ¡a izar bandera! El toque de oración, se llama. La primera vez empezó a salir de *renque*. Había que levantarse e ir abrir a la iglesia y entrar adentro a tocar. Y empezó uno, pero para el segundo día ya no tocaba las campanas... Pues eso también lo hacía yo. Precisamente tenía un alambre puesto desde la campana a la ventana de arriba del dormitorio, ¡y tocaba la mujer!... a lo mejor yo no estaba en casa... Ella salía cuando daban las doce, y tocaba. Y muchos decían: “¡Ya tocan a comer!” Y digo: ¡No! ¡Es la hora del Ángelus!

Cuando había remates –concejo que se llamaba– me llamaban a mí. Y salían muchos: relojero, campanero, sacristán, enterrador... Luego oficios míos: herrador, peluquero, barbero. Cuando vine de la guerra tenía aquí un cuartico y cortaba el pelo, cobraba 25 céntimos, un real, la cuarta parte de una peseta... ¡Que luego nos van a volver locos con esto del Euro! ¡Me cagüen diez, esto del Euro; para los ancianos como nosotros va a ser el acabose...! Ya digo, pero luego han de hablar otra vez y han de sacar una lengua en todo el mundo (riendo). Y lo más bonito hubiera sido, claro, que no hubiera habido más que una, todos igual...

Pero digo yo, ¡cómo puede haber tanta gente así como se ve cuando sale en la televisión esto de Paquistán y todo! Hace siete años tuvimos nosotros de esa tierra, paquistanes. Y no comían como nosotros, traían comida ellos. Estaban ahí en un pueblo al lado de Logroño, Viana, un pueblo de Navarra. En la *saca* patatas echábamos obreros, cuando no teníamos

máquinas como ahora, y vinieron una vez –la máquina de Javier sacaba las patatas con el tractor, y ellos a cogerlas, en sacos– cuatro o cinco paquistanes, ¡jo! Y no comían, hacían una comida... ¿Cómo lo hacían? [“Ay, no sé; que estuvieron pocos días” –corta Asun–] Sí, estuvieron poco, ¡pero estuvieron! Estuvieron y desde la mañana estaban sin comer. Y cuando salió la guerra ésta decíamos, ¡mira, de ahí eran los obreros! Estuvieron aquí un año, y luego a la vuelta otro año vinieron para que les haría Javier, el hijo, que es el que lleva el negocio de la labranza –nosotros somos los padres, vivimos juntos, pero él es el encargado de todo–, querían que les hubiera firmado unos papeles como que habían estado trabajando otra vez. ¡Fíjate cómo eran maliciosos! Pues eso quisieron. Decíamos, ¡me cagüen diez!... ¡Hombre, aquí si hay que daros algo os damos de comer o lo que sea, pero eso de hacer un papel injusto, que habéis estado aquí trabajando y sin estar! ¡No, hombre! Pues eso intentaron; me acuerdo bien yo. Y hará unos siete años, por ahí. Sí, los paquistanes.

¡Pues todavía hago de sacristán! Aquí ahora viene un cura que es de Llodio, que está para estos pueblos. Cada 15 días viene un domingo a decir misa. Pero el día que no le toca a él, hay aquí un diácono, que vive en Vitoria, y hace todo igual que el cura. El primer diácono que salió en Álava, éste de aquí, José Antonio Bengoechea, uno fuerte. Cuando el cura no le toca venir, dice la misa él –menos confesar y consagrar, esas son las dos cosas que no hace–, lo demás hace entierros, hace bautizos, hace de todo. Están autorizaos para ello. Y ahora precisamente, ¡fíjate!, el domingo son elecciones y lo habían propuesto para ver si salía concejal. Y el otro día en la iglesia dio a saber que no le autorizaba el obispo; o sea que tenía que renunciar a tener papeleta. ¿Eso es lo que dijo, verdad? [“Sí” –confirma Asun–]. Todos los domingos hay misa –tengo la llave de la iglesia– y yo soy el que tengo que tocar las campanas de volteado para que oigan bien, que se tocan de abajo con unas alambres. Se toca tres veces, hay cuatro campanas. ¡Y buenas! Ahora ha dado la hora, me parece [“La una” –dice Asun–]. Y ahora lo hacemos gratis. Antes se cobraba algo. Pero ahora lo hacemos por la cara la mujer y yo.

El diácono me suele traer por Navidad como aguinaldo –“¡a ver, señor sacristán!”, viene cachondeándose– una caja con dos o tres botellas, piña, turrón, una cesta. Somos los que llevamos los asuntos esos, la llave la tengo yo, cerramos y cuidamos... ¿En la iglesia no has estado? ¡La iglesia es bastante grande y está muy bien! Pues sí ya quiero que veas un altar que he hecho yo. [“Un altar no, una mesa para celebrar la misa. No un altar” –corrige Asun–]. ¡¡Joder!! ¡Hombre, altar no va a ser! (golpea en la mesa) ¿Qué hay en la catedral de Vitoria? Pues la catedral es la catedral pero para decir misa el cura... ¡Pues no es como éste! Es dos machones así y un mármol grande, eso en la catedral vieja de Vitoria. Pues éste... ¡Éste es más elegante!

en el taller y en el portal

Tengo aquí cosas para trabajar. Esto es una barruga de un árbol, que es muy buena para tallar, y tengo que hacer alguna cosa con ella. Toma, un trozo madera, ¡esto lleva un trabajo elegante, fíjate qué tallado! (Puestas las gafas, regla en mano hace casar con precisión un dibujo geométrico) Así le miras: línea recta... le pasas así, para donde quiera... ¡Todo líneas rectas! ¡Que esto lleva mucho trabajo! Al que me enseñó a mí a hacer esto después de jubilarme le hice una mesa igual, un cura que había aquí, que ahora dice que le gano.

Esta herramienta la hago yo: gubia. Hay gubias hechas de una varilla de paraguas... (revolviendo en un cajón) ¡Ésta! ¡De paraguas! ¡Una triste varilla de paraguas! Para hacer letras... Estas se han hecho así: ¡pegas ahí! ¡Ves! Mira (lee): “Paulino Roa”. Mira, cucharas. ¡Que hago también cucharas, tenedores, de boj! Estas tendrán mi nombre... Y hago flautas (sopla). Cuando yo salía por ahí a exponer a los pueblos, se quedaban mirando... Yo hago cosas... Ahí hay *tiritxacos*, ¡mira carracas!, tocan por Semana Santa los chavales. De esto, si quisiera yo hacer... Me encargan mucho, pero que no quiero. Mira: “Álava, Pipa-ón” (el dibujo de una pipa seguido de –ón) ¡Con dos letras!, ¿eh? Le digo a la Nena, con dos letras

se pone Pipaón, ya le he enseñado. En las cartas ya he puesto yo así remite: “(dibujo de una pipa) -ón”. Y pensará el cartero, qué caprichoso tiene que ser...

Aquí hay un tenedor que hice trabajando delante de la gente. ¡Mira qué trabajo hice! Delante de todos. Mira (lee en el mango): “Trabajo del Día del Artesano, 29 del 9 de 1992. En 30 minutos”. En 30 minutos, un cacho tronco y hacer éste. ¡Y qué letra hago, eh! Pues en media hora, toda la gente mirándome... ¡Que es cuando te jode!, porque cuando estás tú solo... Cuando hay gente te aceleras, como uno si va a echar un discurso.

Estos son los cencerros de vaca, mira (¡tan-tan-tan, tan!, colgados del techo, los hace sonar con la mano). Ése es un cencerro que aunque me den a mí 100.000 pesetas no lo doy, porque es de cuando mi padre era pastor de vacas, ¿sabes? Éstos son de boj y de cuerno; se llaman badajos. Mi padre, pastor toda la vida, a los 41 años murió. Y dejó seis hijos: la primera nacida en 1912; en el 14, la segunda; el 16, mi hermano, el que murió de capitán; en el 18, yo; en el 21, un hermano que ahora ha entrado en una residencia, en Vitoria; y en el 27, el otro hermano que está en Legazpia. Y cuando murió mi padre, el día 1 de octubre, cinco días haría que se había quedado en estado mi madre. Así que el 27 de junio nació la que está en Baracaldo. Así que éramos –como decían– éramos muchos y parió la abuela. Salimos todos adelante, y no había dinero entonces...

A un hermano lo mandamos fraile a Cangas de Narcea, Asturias, donde los dominicos; estuvo cuatro años. Y a otro hermano, más joven que yo, ése estuvo en Villaba, donde Induráin. ¡Pero ese no estuvo más que ocho o diez días! (Riéndose) Le decíamos, ¡tú no has *cagao* allá!... Luisito, el hijo, ése también se marchó fraile. Vinieron un día –estábamos en la pieza– cuando eran chicos: “¡Papá, papá, papá! ¡Que han venido unos frailes y vamos a ir frailes!”, fulano, mengano y tal, cuatro. Y estuvieron 15 días o así. (Riendo abiertamente) Luego ya vino, se casó, y ahí está bien. Y así vamos tirando...

¡Imagínate qué vida entonces, pastores! A mi padre le gustaba mucho hacer cosas como yo, cortar aladros, arados, camas. Además de pastor, iba al monte y hacía labores. ¡Si no podía estar quieto! Como yo. Yo estaba en el frente y a jugar a las chapas, a ganar dinero, a hacer anillos... Cuando tenía 14 años hacía camas de carro ya.

(Saliendo al portal. Las paredes cubiertas de aperos, fotografías, maderas talladas). Mira, éste también lo he hecho yo: el yugo. Eso es la herradura, tiene ocho clavos, que de éstas pocas hay. Eso es el acial, cuando está uno esquilando un mulo por si se mueve o tira coces le metes el morro aquí y le pretas; y si se mueve, más le pretas, hasta que se entrega. Esto lo tienen los esquiladores y también los herradores. La anilla es para los bueyes y los toros, para ponerles a la nariz, y tú tiras y a un buey lo puedes llevar tú donde quieres. Mira, la llave ésta es la que tiene el Papa (dando con el dedo en el cristal de una foto: un vecino de Pipaón le entrega al Pontífice la llave con la mano). El diploma (de El Vaticano, como agradecimiento al regalo). Y aquí en el Congreso de los Diputados, aquí el presidente del gobierno de Madrid, López Rodó (foto estrechando la mano de Paulino). Esa es la capilla que hice yo, donde solemos ir el día 1 de junio (otra foto), allá se lleva el altar que vamos a ver ahora... ¡Vamos a la iglesia! (descolgando la llave de la pared).

por la iglesia

(Ya en la calle, frente a su casa; en el ábside de la iglesia cuelga una cruz) ¡Primera estación! Aquí toda la gente: “AdoramosteCristoybendecimostequeportuSantaCruzredimisteal mundo” (recita).

(Un poco más adelante, en la calle San Roque, manipulando el candado de la reja de la iglesia) ¡Ya, ya abre! Cuando empezaron a robar cosas tuvimos que cerrar aquí. (En el pórtico, abre a la izquierda una portezuela casi cegada). Mira, éstas son las pesas del reló: ésta pesa 108 kilos, de cemento y hierro. Cuando bajaban las pesas aquí el reló se paraba y tenías que subirlas arriba. (Cierra) Esa cruz la hice yo, y ésta la pinté yo, ¿sabes? Espera, que tenemos

aquí la llave...

Aquí a la Nena le enseño yo todo esto (estrépito al abrir la puerta de la iglesia; eco de pisadas en la nave). Este es el coro; vamos a subir luego a la sacristía. Voy a dar todas las luces para que veas bien. La pila del bautismo (señalando a la izquierda), 84 años va a hacer desde mi bautizo. Aquí San Roque, y San Isidro. El altar de San Roque le alumbraban antes los mozos, los solteros. Y aquí está la Virgen del Perpetuo Socorro (a la derecha), que yo todo el tiempo la he llevado en la guerra. Se llama la Virgen del Zapatito, yo la tengo en todas las habitaciones, un poco más pequeña. Cuando murió mi padre le hice este altarcico; ocho años tenía yo. La Virgen de la Inmaculada, San Antonio... (Señalando a media altura) Para que lo veas bien todo. (Avanza hacia el altar encendiendo más luces). Ese es San Sebastián —está en el portal mío—; éste antes estaba siempre allá abajo en el cementerio, en la ermita, y cuando empezaron a robar cosas se subió aquí (en una columna a la izquierda del altar). Aquí está el Sagrario. El altar del Cristo, ¡mira! (La cabeza levantada hacia el retablo) Ese es San Juan Bautista, la concha que tiene en esa mano es de nogal —como eso que has visto en el taller—, la hice yo y se la puse. Y ese bastón le puse yo, y la calabaza. Y a aquel le puse también las flautas. Porque esto se limpió hace unos... diez años. Se limpió y se bajaron ese Santo y ese aquí —que ahora te parece pequeño, ¡igual pesa 200 kilos!—. Se bajaron aquí todos los Santos para limpiar; yo puse el andamiaje de cinco pisos (frente al altar, en el crucero). Decían que con escalera bastaba. No, no, ¡hay que hacer un andamio bueno! Y se limpió todo y se puso otra vez.

El día la boda de la Margarita, la nuera, todo el pueblo se vino a la iglesia. Y yo al terminar vine aquí al púlpito, les di los buenos días a todos y les digo: “agradezco a todos los que habéis asistido a esta ceremonia y os invito ahora, después de la salida en la plaza, a un *lunch* que ya está preparado”. ¡Y fue todo el pueblo, 54.000 pesetas me costó! Y nosotros marchamos a Vitoria, al *Teide*, 110 personas; a 13.000 el cubierto, saca la cuenta. ¡Oye, pero es una vez! Este también es regalado (el atril del misal), hecho por mí. Y yo tengo en casa otro, para estar por la noche, ¿le has visto? Pues allá me paso yo muchos ratos, yo leo ahí. ¡Me gusta leer, oye! Si no, te aburres. El altar antes estaba aquí, ahí (en un lateral), cuando celebraban así de espalda, pero luego se sacó aquí. También es arreglado por mí, que estaba averiado esto. Vamos a ir allá dentro...

¡Ten cuidado, eh! (pasando por una portezuela de la derecha a la sacristía). Mira, vas a ver mi altar. (Lee) “Lumen cristi”. ¿Ya sabrás de latín algo? Pues éste lo he hecho yo de la madera esa que no hay en España más que en tres regiones: en Cataluña, Las Vascongadas y en Castilla: espinosa cervina. ¡Pues fíjate qué trabajo, eh! ¿Aparenta lo que está tallado en la chimenea de casa? Yo creo que tiene bastante importancia. (Señala las distintas partes) Esto es fresno, y esto es chopo (golpea), que los plantaron en la carretera cuando estábamos en la guerra nosotros, fíjate, y luego los cayeron. Un hombre tenía un tablón y se lo pedí, hice éste. Pero esto es distinto, esto es de madera elegante, ¿eh? Hay que saber hacerla, prepararla y refinarla. Pues ahí tienes. El altar se coge en un remolque cuando vamos a la ermita, y se me mete en la capilla y allá se dice la misa... ¡Es que esto es elegante! En la catedral de Vitoria... a la mujer no le puedo decir, porque se pone... hay allá un machón como de cemento y luego un pilastro así como de mármol o no sé lo que es, y no hay más nada, no tiene este dibujo. Pues ahora tengo que hacer uno como éste, más pequeño va a ser, para cuando vayan a Santo Domingo la nuera y el hijo y la Nena. Quieren que les haga uno para un *txoco* que tienen allá, tienen una casa elegante. Y ya tengo la madera de cerezo lijada y cuadrada, de un metro y medio de larga, para poderla llevar. Hoy he estado fastidiado por el frío y tal, pero tengo que hacerlo...

Mira (señalando varias fotografías), la peregrinación que fueron donde el Papa, y en una está recogiendo la llave. Yo no fui; les di la llave, estábamos cosechando, en agosto, y ahora me pena. Aquella llave que hay en casa es hermana de ésta, serrada; “gemelas”, como dice la Nena. Pues mira, ¡aquí todos dándole la mano!, todos del pueblo, que fueron... ¿Te das cuenta? Está viejico, ya con el bastón...

La Asun es nacida en Begoña. Vivían en Begoña cinco hermanitos, y murió su padre y su madre en dos meses. Aquí había un hermano del padre de ella –unos tíos carnales de ella y primos míos, hermana de mi abuelo era la abuela–, en la Casa de los Morenos, que llevaba el nombre. Y cuando se murieron los padres allá, pues los recogieron los tíos –uno llevó uno; otro llevó a otro; otro a otro–, y aquí trajeron a la Asun los tíos de aquí que no tenían familia, de tres añicos vino. Aquí la cogieron como ahora Javier ha cogido esta Nena que tenemos, que mañana, a otro día –si se porta bien–, ahí se va a quedar ella. Porque nosotros tenemos que marchar; Javier y la Margarita, con tiempo, también, por ley natural... ¡Pues entonces se cierra la casa! Y la Nena ésta es más lista que que que... Hasta los profesores dicen que los que llevan un curso antes, que les gana ya ella. Oye, ¡listííísimas!, mucho, mucho. Y la Asun vino aquí de tres añicos; la tenían aquí los tíos, yo vivía en esa otra casa al lado. Y entonces tenía yo, pues... siete –cuando murió mi padre tenía ocho–, y ahí hemos conocídonos desde

chicos. Pues está bautizada en la basílica de Begoña, para casarnos tuvimos que sacarla allá la fe de nacimiento. Aquí vino, aquí se hizo mujer, moza, y nos casamos aquí. Ya llevamos 56 años. El año 95, el día 5 de agosto, hicimos las bodas de oro. Así que ¡fíjate!

Aquí éste le llaman el Celedón (un maniquí de trapo apoyado en la pared), que lo cuelgan por fiestas de septiembre, y baja de la campana de la torre al balcón del Ayuntamiento. ¡Mira, mira lo que hacen los pájaros! (en el suelo, un tocón de madera) Éste era un árbol hueco y los pájaros saben que está hueco y empiezan a picar, a picar –el picaverde, el picatroncos–, y le hacen el agujero ahí y se meten adentro... ¡Coño, a criar!; ¡y de refugio, como la casa! Ya pondrá aquí algo... (buscando la etiqueta). Y aquí, mira, ¡aquí hay una culebra! Esa lleva ahí lo menos 14 años, en alcohol, y siempre está igual. (Mirando un dibujo alargado, sobre un texto) Es que esto estaba encima de una ventana de una casa que antiguamente, cuando lavaban los colchones, pues los sacaban a tender la lana. Y en una de esas, pues metieron la lana y armaron el colchón, y se metió alguna culebra y luego esa culebra salía a mamarle a una señora, que todavía viven los hijos, que estaba criando... ¡que la culebra ande huele leche, va! Y la blanquearon –encima la ventana estaba, en una losa–, y yo muchas veces he dicho no tenían que haberla borrado. Yo porque me acuerdo de oírle a madre, a mi abuela... de oírlo que fue así, por eso te lo he comentado sin leerlo yo... ¡Sí, hombre! Esto se llama escriños (señalando unos cestos en una repisa), eso usaban antes para meter grano. Ése está viejo, tendrá 200 años igual... Voy a apagar la luz.

(Alcanza la trampilla del desván, la levanta y comienza a descender por la escalera. Ya abajo, frente a varios diplomas en la pared de la sacristía). Se ganan en el Belén Viviente, a ver quién presenta mejores belenes, y lo han ganado ya tres veces las chicas de aquí. (Deteniéndose en la puerta). Pues aquí hay radiadores y la gente no pasa frío porque la misa se dice aquí, en la sacristía, en vez de en la iglesia. Ahora hay 35 para votar, porque se han empadronado unos de Vitoria aquí por coger derechos para que les den monte... Casas en verano aquí igual hay 54 casas. Vecinos estamos 12 o 13, las casas que se habita. Nosotros somos un vecino: estamos cinco residentes. Vecinos es por casa. Por eso en una ocasión hubo aquí ¡hasta 92 vecinos!, que habría igual 400 residentes, ¿sabes?

(De nuevo en la nave principal, frente al retablo) ¿Qué te parece? San Juan Evangelista; éste es Bautista... Esta la vi yo entarimar, la iglesia... ahora le van a dar pingüe. Antes aquí había losas como las del pórtico, grandes, y enterraban aquí, cada losa tenía una anilla de hierro. Aquí todavía hay una; dejaron un hueco; esto si levantas ahí se echan huesos que han salido... ¿Cuánto te crees que costó la tarima y el entarimarla? 3.000 pesetas, cuando la República, el 14 de abril del 32, y no dejaban gastar dinero para la Iglesia. Aquí se ponía el Ayuntamiento (sillas adosadas en L a la pared, a la izquierda del altar), el alcalde aquí (el primero). Yo he estado aquí mucho tiempo, los días grandes... ¿sabes? Aquí dejaba la vara el alcalde. El Ayuntamiento de la Villa de Pipaón, ¡esto ha sido Villa! Ahora seguramente que le van a votar el domingo a Javier, al hijo mío, alcalde de la Junta Administrativa, porque el Ayuntamiento de aquí nos trasladaron a Lagrán, nos fusionaron para evitar de menos secretario, menos gastos... Y ahora el domingo son las elecciones de la Junta Administrativa, y Javier ha estado ya hace ocho o seis años, y no quería. Pero quieren que salga Javier, porque ha habido algunos que no han hecho nada. Cuando estuve yo de alcalde se puso el pueblo de cemento; se trajo el agua corriente a las casas, estando yo. Y después, pues estando Javier se renovó el saneamiento del pueblo y se puso más alumbrado público. Según sale el dinero, ¿sabes?

(Levanta la cabeza) Mira, aquellos ángeles tienen una flauta, ¿ves? Aquél y aquél. Cuando pintaron esta iglesia, los albañiles que vinieron –¡chapuceros!– pues ni se dieron cuenta, estaban trabajando, y un día dice uno: “oye, aquellas flautas que tenían no están”. Y las hice yo cuando se limpió esto, y se las puse yo a los dos. Eso es trabajo mío también. Voy a apagar la... (Volviendo hacia la puerta de entrada se detiene junto a la pared). La Virgen del Perpetuo Socorro le tenía mi madre devoción y yo la tuve todo el tiempo como ésta en la

guerra. Pues desde entonces le rezo todos los días a la Virgen esa, los tres Avemarías. Y la tenemos en las habitaciones, ¡que yo a ésta le tengo una devoción...!

¿Entonces qué quieres, que subamos un poco arriba? Poco a poco ya subo... ¡Lo que no tienes que decir a la Asun... que dirá, *recué!* (Abre la puerta de la torre; bajan desde arriba unos alambres) De aquí se toca la campana grande; y luego, de aquí, la pequeña; esta otra es la que toca el reló. (Después de algunos peldaños, se detiene) Esta es la puerta para subir al coro (abriéndola). Aquí está el contador para el reló. ¡Aquí no le enredo yo ni quiero pensar en nada! [“¡Tan!” –toca sola la campana–] ¿Qué hora tienes? (Las dos. Mirando la nave) Antes se llenaba esto, ¡más gente...! Ahora viene poca gente. ¡Muchos ni pisan! Yo, para mí, la iglesia, porque de aquí mal no te viene. Si coges en algún sitio mal, lo coges, ¿pero aquí? Alguno dice, “¡coño, que no sacas nada...!” Oye, en otros sitios tampoco sacas. (Sale)

Bueno, aquí cojo yo la escalera (el tramo hacia la torre). Si puedo subir, subo. Muchas veces las he subido. Y a quitar goteras... (Subiendo los escalones, varias docenas, despacio y sin detenerse) Estuvieron aquí arreglando y lo han dejado sucio. ¡Me cagüen diez, si no lo han limpiado!... (Alcanza los últimos peldaños; saliendo ya al exterior) De aquí ves todo el pueblo.

¡Aquí, mira! Para tocar a las 12 el toque del Ángelus tenía el alambre a la ventana de arriba y ahí tocaba. Aquí puse una goma a la campana –tal que así–, y el badajo le puse una goma a un hierro ahí en la pared, y la goma me le llevaba para allá al otro lado. Y el alambre ese de ahí enganchaba y tiraba, ¡tiraba y toca!... ¡Estaba muy bien, joéee! Y eso, cosas, ocurridas mías. (Grabado en el metal de la campana, lee) “Año 1940, siendo párroco Pablo Ruiz de Azúa y alcalde Eusebio Cainzarain”. Mira, esta es la pesa que daba antes el reloj. No quiero tocar... ¡porque va a saber la mujer que hemos entrado! (ríe). Esta se llama la Campana María; se cayó una vez, y se quedó ahí. Esta es la que toco de abajo, ¡no quiero darle, porque...! (Risas) Y éste es el esquilón (mediano), que toca bastante también. (Asomado al arco del campanario, el día soleado) Allá está el cementerio. Y allá está el campo de fútbol, Campo Los Palacios. (Se vuelve de nuevo a las campanas) Ésa es la que toca la hora; ésta toca de abajo para entrar, para saber cuándo han tocado la tercera: misa y rosario. ¡A veces he tocado yo las cuatro! Para incendio se tocaba ésta, ¡que es lo que digo yo, ahora, si hay un incendio, tenemos que venir de casa! Pero antes, “¡oye, que hay incendio!” Y yo en la ventana: ¡tan tan tan tan! Ésa, la más grande, ésa es la campana que tocaba ¡a fuego! (Comienza a descender) Anda con cuidado... Oye, yo he visto quemarse dos pajares, jodé. ¡Y con nieve, eh!, y con nieve. Había nieve, medio metro de nieve en el tejado, y se quemó el pajar por bajo toda la paja, y las patatas, y había que haber roto tejas para que habría caído la nieve deshecha. Yo bajo por aquí, mira, agarrado aquí, te agarras (bajando sujeto al eje del caracol) ¡Joder, las veces que he subido! Y la mujer ha subido alguna vez, y la hija, a tocar de volteado alguna vez... ¿Esta es la puerta, no? Voy a cerrar. ¡Ála! Las veces que tengo yo subido esto, oj, ¡meca!

en el museo

Esta casa era de unas tías mías, y esto era el pesebre, la cuadra; aquí estaban los caballos. Y el que hizo esto, Armando Llano, no quiso quitarlo. Un día tuve yo aquí 110 visitantes, dos autobuses. Venían señores, eran profesores; a 100 pesetas cada uno, ingresaron ahí 11.000 pesetas; y a mí no me da nada. Va para beneficios de luz, gastos... Mira, aquí están las bodas de oro nuestras, ahí tienes. (Me muestra un folleto del pueblo que ha cogido de un estante) ¡Te das cuenta! Hace falta para llegar a esos años, ¿eh? Los dos, como estamos. Porque hay muchos que, ¡coño!, antes de llegar a eso, cae uno. El día que íbamos a hacer ya las bodas de oro –¡una boda, joer, tuvimos aquí!– se puso un poco mala ella, y dije, ¡a ver si no vamos a poder! Pero después Asun no quedó contenta, porque dice que la Pilar Alonso que no me cogió una foto bien...

Mira, esta es la silla de barbero; es hecha por mí, giratoria. Cuando vine de la guerra hice

yo esta silla, y aquí le estoy cortando el pelo a ése que está en la *Sustrai* (una foto de la revista), tiene 85 años, y anda por ahí, por los pueblos, medio ambulante. Esto era el chaperero, donde estaban las fichas para el turno. Esto la maquinilla, con ésta le corto yo a uno el pelo y lo arreglo; el cuero era para afilar la navaja (va cogiendo los objetos con cuidado del asiento de la silla). Y esto era para sacar los piojos, que estando yo de barbero les he cortado el pelo y les he visto piojos, ¡y a mozos! Que todavía estaba soltero. Entonces había, y muchos, se criaban aún en lo más limpio... No sé lo que tenía eso, la miseria.

(Avanza unos pasos y rodea la columna) Ahí está el mapa geográfico del pueblo. La Ainara sabe muchos términos. ¡A mí me dices un nombre de aquí, aquí, aquí, aquí, aquí (acribillando el mapa con el dedo) y te digo sin mirarle cuál está al lado! Aquí nace el río Inglares, aquí: la fuente El Mayordomo. Viene por aquí, por aquí, por aquí a Pipaón. De aquí baja aquí, al Cruce; de aquí baja por ahí a Peñacerrada, a las Conchas de Haro, a buscar al Ebro. Y aquí nace el otro río: el Lega, que baña la rivera de Navarra y Aragón con el agua que sale en Pipaón. La Rioja es pasado la Sierra.

(Se vuelve; una fotografía enmarcada en la pared) Aquí hay una Virgen, en el monte, en una roca esculpida, y aquí un ángel y aquí otro. Ésta estaba llena de broza y yo la limpié, está en una finca mía; yo la limpié y le hice esa capilla. Pues ahí, el primer domingo de junio, se va a decir misa en romería todo el pueblo, se lleva el altar —que tengo yo en la iglesia hecho por mí un altar elegante—, se dice la misa y se almuerza allá.

Mira, trabajos míos: el yugo, los bueyes, el carro. (Señalando las piezas del arado, enumerando) Reja, orejera, esteva, camba, el dental, anilla superior, tentabuey, cuño. Esto se llamaba rejón, en un lado para limpiar las orejeras y en el otro el pinche para pincharles a los bueyes. Pues esto es trabajo mío que lo he traído yo aquí, para que se vea. (Avanza señalando en la pared un objeto de madera similar a unas alforjas) Esto era para llevar leña a vender a Rioja. Y a mí me llevaron de la trinchera al hospital de Cella en unas como éstas, y al compañero en el otro lado, y un ramal por encima. Pues igual nos costaría media hora o una. Y de Cella para Baracaldo, al Sanatorio de Altos Hornos, al hospital de San Eloy. ¡Ves cómo te lo digo todo igual! (Retorna a los aperos) Esto se llamaba jalma, era para acarrear las mieses cuando no había carros. Esto es para hacer quesos. Aquí las tijeras de esquilar. Eso la rasqueta, para peinar los animales. ¡Mira las hoces! Esa es la cachaba de un pastor; mi padre, como era pastor, llevaba una para tirarles a los animales si se metían a comer en un campo, porque “un palo sólo no anda”. Este para tocar en la plaza, a la mañana: el cuerno. Todavía conservo yo el que tocaba mi padre, y hace 75 años que murió, el día 1 de octubre. Lo tocaban para que sacarán los animales a la plaza, para llevarlos el pastor. (Siguiendo la pared; otra fotografía) Mira, el monte de Pipaón, de aquí para allá está la Rioja, esto pertenece aquí la Mojonera, con Lagrán y La Guardia; tenemos aquí linde. Éste soy yo: estamos trillando a trillo, con éste, ¡te das cuenta!, cuando se trillaba a trillo. Con el botijo me están dando agua... Y ahí también trillando con bueyes. Esto era la zoqueta, para ponerte así y no segarte (mete los dedos en un enorme dedal de madera); era para resguardarte la mano. Y además cogías más puño y si había cardos, pues te evitaba de pincharte.

Y aquí haciendo la carbonera (una vitrina con miniaturas reproduce varias escenas). El primer domingo de agosto se hace una carbonera, y viene la gente a coger en vídeos... Se hace carbón de leña. ¡Éste ya ni se pudre aunque lo entierres de aquí a mil años! Donde ha habido carbón hace miles de años, vas, cavas, y sale esto enterito. La leña se lleva a un sitio, ahí se pica, y luego en otro se arma: se pone un palo tieso, y después hay que taparlo de ramas y luego de tierra toda. Y se le abre unos agujeros por los lados para que respire y vaya quemándose, sin ver la lumbre. Cuando se ha tapado y se ha cocido —ya se sabe que tira el humo azul, azul—, ya está hecho carbón. Esto lo echas a la lumbre y no te hace humo. Antes se hacía carbón aquí para ir a vender a Rioja. He hecho cisco, mucho, he ido a vender al Ciego, a La Guardia, ¡buhhh...! Antes antes se iba al monte, a hacer carbón de cisco y ganaderos, y labranza, pero había muchos vecinos y poca tierra. Y se empezó a sembrar

esto de la patata a raíz del año cuarenta, antes se sembraba poca. La traemos de Holanda, certificada, que Javier tiene ahí igual 300.000 kilos. Luego la que cogen, la gorda, es la que emplean para consumo, porque es grande, y la pequeña es para sembrar. Pero aquí no puede sembrar de la que coge, hay que traer semilla nueva.

Mira, escobas, qué hago yo todavía. Atadas con zarza de la que cría la mora, delgada, la abres y le quitas la cañada; luego la haces así y se pone como un cinto. ¡Y eso luego no hay quien lo rompa! Con esto ya he apostado a remolcar un coche con la mano, a chavales que vienen de colegios... ¡Oye, 20 duros a que no se rompe! Y un día les gané a tres. Digo, el dinero no os lo doy, porque “mi abuela dijo que porfiara, pero que no apostara”. Ahora por San Martín siempre me han llamado a Santa Cruz a las ferias, a exponer allá y a trabajar allá. Y he llevado escobas que tengo en casa, no sé si has visto colgadas. Y decir una mujer, “véndame una escoba”. ¡Que no vendo! Digo, mire, allá hay uno –había uno de Guipuzcoa que tenía un remolque, igual 300–, aquél tiene de aquéllas –y estaban atadas así (con alambre)–; allá tiene. “¡Pero de ésas no queremos!” Querían atadas con zarza, que de eso ya no ata nadie ¿sabes?

Y este se llamaba *cunatxo*. Yo he hecho algunos y he regalado; algunas los usan cuando están cosiendo, más pequeños. Era para coger el vientre cuando se mataba el cerdo en casa; ponías una sábana (en el fondo del cesto), y luego aquí la mujer separaba las morcillas del estentino; porque el vientre tenemos varias partes: morcillas, estentino, que son los que salen para los chorizos.

(Se detiene frente a la reproducción de un arado) Mira, éste es del consuegro mío, él hizo éste aladro. ¡Éste quería haber hecho cosas como yo!... ¿Qué es de una pieza y no está tan bien? A mí no me queda el decirlo. Yo conservo en el pajar el que teníamos para sembrar con los bueyes, enterito, del año 1914, igual que éste con la vara larga, con las letras “Ángel Roa”.

Ya tengo caprichos, ¿eh? Mira, aquí estoy yo y la mujer y Javier, el hijo. ¿Te das cuenta cómo vestía la mujer para ir a la pieza a escardar? Estamos cultivando patatas, con estos bueyes, me acuerdo... ¡el Chati! El Chati, éste castaño; más majo. Éste lo compré en Obékuri, y éste en Peñacerrada. Bueno, mira, aquí esto para sacar remolacha, que ya no se usa. La hija mía ha comprado máquina cosechadora para la remolacha, el año pasado sacó 1.700 toneladas, a la azucarera de Leopoldo, de Miranda. Este año tienen más que el año pasado. La cosechadora va y le quita las ramas, y la arranca y la carga en proba, y al remolque. No le echan la mano ahora, y antes había que sembrarla a mano, limpiarla, escardarla, ¡boh! Aquella cabeza de aquellas vacas que te he dicho, de ésta es (señala una fotografía). Ésta se murió, le dio como un infarto, murió como una persona, ¡ras! Gorda, tremenda, y la despellejé yo. La despellejamos una noche allá en el almacén, para ver si el veterinario le daba pase para venderla. Y vino el veterinario y dijo: “No; para eso tiene que entrar viva al matadero”. Y la cogimos para los perros; ¡gorda, daba envidia!

(Otra fotografía) Esta es la madre de Piar Alonso, y éste es Alegría, Antonio, el marido de Pilar Alonso. Estos no tenían un Cristo, ¡no tenían un real! Yo estuve de criadillo en su casa con 13 años cuando no había nacido Antonio. Vi casarse a su madre, que era de Lagrán, y el padre de Leza. Estos tenían aquí un autobús pequeñito y hacían taberna, y hacían viaje a Vitoria dos veces a la semana, tres o cuatro viajeros. Y yo fui a trabajar por la comida, a comer, porque en casa éramos muchos.

(Se acerca a la escalera; colgando del techo, señala). Esta era la romana que había en el pueblo cuando no había básculas. Se subastaba el día 26 de diciembre, a otro día de las Pascuas, y el que más pagaba se la llevaba a su casa. Pero luego tú, si querías pesar un saco de carbón o patatas, tenías que ir a por ella y pagar 10 céntimos. ¡Fíjate cómo era la vida! Esto lo he vivido yo y lo sé y lo explico a todos... A Pilar Alonso le llevo yo treinta y tantos años, y ha estudiado algo, ella sabe algo. Pero se pone a explicar a muchos y no quieren, porque les habla, les habla cosas que no son. Yo lo digo tal como es.

(Sujeta a una columna de madera) Ésta es el hacha del guarda del Ayuntamiento; ésa pe-

gas un golpe y marca una P y una N. Cuando marcaban la leña para los vecinos, los árboles, darles, ¡pam!, y quedaba marcado. Luego tú ibas y lo caías. Y si habías caído más de los marcados y no tenían el cuño, el guarda te echaba la denuncia. Aquí hay libreta con apuntes míos, son todo caprichos, como dice la mujer. (Abriendo el cuadernillo) Aquí hay denuncias hechas por mí cuando subía de guarda a la central de radio-telefónica Herrera, ganando el jornal todos los días; estuve seis años y medio, después de ser alcalde. Mira (lee la primera hoja): “Denuncia hecha al señor Macario Ibáñez: 12 ovejas en la *Ileca* Los Espinos, en cebada”. Eso lo apuntaba y a pagar a los ocho días al Ayuntamiento. Aquí habrá más denuncias... “Denuncia hecha al señor Santiago Ibáñez: tres yeguas en las huertas de Rotalde. Pipaón, 12 del 6 de 1980”. (Riendo) Se habían metido en la huerta, ¡para comer! Iba yo y le denunciaba. Le decía: ¡Oye, tres ovejas te he denunciado! Él pasaba al Ayuntamiento y al sábado o domingo le avisaban: “A pagar las denuncias, a tanto”. Lo que estaba acordado. (Pasando las hojas) Este se puso mal conmigo porque le denuncié. Éste (la encuentra). Que le parecía mal. Estaba dormiéndose y las ovejas en la finca, y fui hasta él, digo: ¡Oye, que estás dormiendo ahí y las ovejas...! “¡Oeroeeehhh!” se puso. Digo, no te pongas tonto. Te voy a poner, ¿cuántas quieres? –porque si le ponías todo el rebaño era menos cantidad cada oveja, ¿sabes?, y siendo cuatro, seis u ocho tenían otra cuota, a cada oveja le correspondía menos-. Dice, ¡coño, que no sea mal...! Y digo, mira, si me mareas un poco te pongo todo el rebaño. Se puso conmigo... A un señor también lo denuncié por cazar, a uno de Guipúzcoa: “Al señor Gaspar Narvaiza, por cazar en vedado, en Arvina, en los rastrojos”. Todavía no se había abierto la caza y venía a enseñarle a cazar a un perro, y no se puede entrar a las fincas. Y le denuncié, ¡y luego el más amigo! Mira, la firma mía; siempre igual.

La libreta la metía aquí (en un bolsillo), llevaba yo el cinto: “Guarda Municipal de Pipaón”. Antes antes se iba de *renque*, pero no se hacía, porque había quien se atrevía a denunciarle a uno, otro no se atrevía.... Porque el guarda se opone, como la autoridad. ¿Por qué dicen algunos que los guardias son malos?, si los guardias no son malos, los que somos malos somos nosotros. Todavía a mí no me ha pegado ningún guarda, le dije hace poco a uno; porque no he hecho motivos. Y si a uno le pegan será porque hace motivos. Que la autoridad está para poner respeto, ¡me entiendes! Eso fue de *renque* como el tocar las campanas, hace muuuchos años, antes de la guerra. En aquel tiempo, hace 70 años, pasaban de vecino a vecino a la noche el cinto del guarda. ¿Por qué a la noche? Porque había pasado el día; cada día, uno. Pero después yo hacía siempre de guarda y tenía el cinto en casa.

(En el piso de arriba, una habitación reproduce el aula de un colegio; una foto de grupo en la pared) Don Alfredo Laines, de Torrelosnegros, de Teruel, con ese maestro fui yo dos años a la escuela, de seis a ocho. Entonces se iba chicos y chicas juntos. No ibas hasta los seis años, y a los 14 te sacaban para irte a la labor. Aquí se le murió un hijo, Víctor. ¡Cagüen!, me acuerdo... Ya de ahí no queda ninguno. (Junto a la foto) Esa era la hucha que tenía cada uno en la escuela, si tú tenías 10 céntimos o 20 céntimos, tenías la hucha ahí, y el de la Caja venía cada no sé cuánto tiempo a ver el dinero que tenías para ponértelo en la libreta tuya; cada uno tenía su libretica. (A la derecha) Esa era la talla para tallar a los quintos, oye, porque había una talla para ir soldado; igual le faltaba a uno dos milímetros y se libraba. Y esa, la urna para las elecciones... Aquí cuando estaba yo de alcalde nos mandaban de América la mantequilla, queso y leche en polvo, para la necesidad que había entonces en aquella época. Es que después de la guerra pan no había. Había la ración. Tenías trigo, ibas a moler de noche a los molinos –que estaba intervenido–, y luego amasabas en casa y así te valías.

(Siguiendo a la derecha, una habitación) Ese taca-taca lo he hecho yo. Ahí metes un chavalín y, como no se puede caer –tiene ruedas–, va pallá, pallá, pallá, y aprenden. Para los nueve meses los tres hijos míos anduvieron. Y ahora hay algunos que tienen doce, trece meses y todavía no se andan. Digo, si le traería el taca-taca del museo mío, verías que pronto se andaban...

(En el tercer piso, una fotografía muestra la plaza) El grupo de danzas que tiene Pipaón

es éste. Este es el nieto mío, cuando estaba estudiando, que también baila. Y a éste le prometí yo que si no abandonaba el estudio, si conseguía sacar la carrera, que iba a estrenar un coche pagado por su abuelo; y me costó. Cuando ya terminó la carrera me dijo Javier, el de casa: “Papá, ya sabes lo que le prometistes a Eduardo, al nieto”. Digo, si hijo, sí, y le compre un coche de estos bueno, moderno, que es el que va a Madrid y viene. Y pagado, un millón y medio me costó. Tengo gente estudiada yo, menos yo. ¡Pues no es más que ingeniero de telecomunicaciones!, ya trabaja en Madrid. Yo no sé si ése... ¿sabrás poco más que yo? (risas).

Mira, la procesión de San Roque (serie fotográfica de las fiestas de Pipaón). Y aquí la Semana Santa, pasando el Vía Crucis de la iglesia al cementerio. ¿Y a ver quién lo reza? ¡Pues haciendo de sacristán, sí, hombre! Y este año estuve un poco enfermo y no fui. Y me echaron en falta; estaba en la cama y me llaman a la ventana, cuando pasaban cantando y rezando...

(Otra foto) Mira esto. El 7 de diciembre, la víspera de la Inmaculada Concepción, que es cuando yo lo recuerdo porque mi hermana la mayor cumplía los años el mismo día, se queman los pellejos. En la carretilla hago lumbre. Y luego vienen aquí todos los chavales, ¡y mayores!, con un palo, una goma, un pellejo viejo, a aprenderlo, para ir por las calles, que si sigues el rastro ya se conoce... Se va quemando en un palo largo todo, como antorchas. Y van cayendo gotas al suelo y va ardiendo, y una vez que pasa la cuadrilla de chicos y mayores, pues queda todo más bonito... se ve por la calle de noche. ¡Y vienen a que lo haga yo, a que haga la lumbre para prender los pellejos todos aquí! (frente a su casa). Aquí se hace todo como antiguamente, hace 200 o 300 años, a pesar de que estamos poca gente se sigue haciendo todas esas tradiciones. Y hay una que se encarga, esa Pilar Alonso, ¿ya la conoces tú? Esa... esa es... envidiosa. Ella sabe porque ha estudiado algo, pero no ha visto las cosas éstas; no es de aquí y dice que es de aquí. Es de un pueblo de allá... Pues tú sabes lo que le dije yo un día, hablando así me dice que Ejea de los Caballeros que era de Navarra. Digo: Pili, a mí no me haces comulgar tú con ruedas de molino. Le paré. Digo: Ejea de los Caballeros es de la provincia de Zaragoza, que linda bastante para Navarra. Precisamente tengo ahí amigos de la guerra, y cuando se hizo aquí la Parcelaria, vino uno de Ejea de los Caballeros con una máquina excavadora haciendo los ríos. Ahí la taché yo, le digo: ¡Vete a hacer...! Tú sabrás algo porque es lo que has estudiado, pero lo demás no.

Y el día Navidad, el día Nochebuena, pues a tocar los cencerros. (Otra foto) Se va por las calles cantando villancicos: “Esta noche es Nochebuena, noche de comer turrón, que ha parido la morena, mora o moro con pantalón”. Y eso le llamaban a una mujer que no había parido, le decían que era machorra y tal. Pues la Asun, la mujer mía, no era hija de los abuelos de casa, que no tenían hijos, la trajeron aquí como esta Nena nuestra de pequeña. Y esa canción solían cantarles los chavales por la noche a la madre, tocando los cencerros, ¡jodé, y salía de mala...! Y corrían... ¡Es historia!, ¿sabes? Historia que yo la tengo aquí. Y por eso están, ¡coño!, que haga un libro, que haga un libro, que escriba... Si tengo la cabeza...

Éstos los hago yo, y éstos (dando con el dedo en el cristal de una vitrina con instrumentos). En el Museo de Bellas Artes de Bilbao, en el Casco Viejo número 4, allá si vas le preguntas a la chica aquella, Amaya me parece que se llama. Quería llevarse cosas de mi portal... ¡Oye maja, no! Y le hice carracas, le hice juguetes e instrumentos, le hice varias cosas y se los llevó. Y a alguno le digo, si vais allá al museo, al Casco Viejo, preguntáis a ver trabajos del *Artésano de Pipaón*.

(Mirando la vitrina contigua) Y aquí juegos de chicas: chanclos, para correr; aquí la pichicha mora, que se jugaba antes; y las tabas, de cordero y de oveja, que esas tienen cuatro nombres: peca, agua, penca... Y puestas al revés, carne y culo. Esto jugaban antes cuando iban a la escuela. Y aquí los aros, cuando no había bicicletas, para correr. (Se detiene muy serio) El tira-piedra, ése ha sido muy jodido. Ése es para pegarle a uno en el ojo y romper cristales... A la furgoneta de la Margarita, la nuera, le han pegado como un pistón, alguna carabina, y le han hecho un agujero pequeño... Eso es compromiso. Javier perdió un ojo,

Javier el mío, cazando con el más amigo, uno de ahí de un pueblo que ha estado hoy. Le tiraron a una codorniz así –Javier así y el otro así (enfrentados)–, ¡y rebotó un perdigón sólo! Le pegó en la niña del ojo izquierdo. Y ahora el ojo que tiene es de cristal, ¡y no se le conoce! Para cazar no le molesta, porque el bueno es el derecho. Y cazando con el más amigo, que todavía tenemos la amistad igual. Que algunos nos decían: “Coño, pues sacarle...” ¡Qué coño le vas a sacar si ha sido sin querer entre amigos que estaban cosechando juntos! ¡Y la amistad que tengo! ¡Pues si no hay amistad no hay nada! (golpea con el puño la vitrina) ¡Pero nosotros por qué vamos a tratar de joder al otro! Lloraba el chico que le pegó... bueno, y todos... (Ya en otro tono) Bueno majo, la vida es así.

(Descendiendo las escaleras hasta el primer piso; a la altura de la cabeza) Mira, las primeras llaves cuando pusieron aquí la luz; yo me acuerdo que antes había que andar con candiles. Y aquí yo soy el dueño de la llave, que aquí vienen todos y les cobro. El otro día me daba uno una propina y yo no la quería, que no admito... ¡Ah, vas a poner aquí dos letras! Pon un poco escrito de lo que te ha gustado del museo –el libro de visitas, que se dice–, donde tienes libre ahí.

IV. Conclusiones: “¡Yo me acuerdo de vivir toda esta vida!”

“En estas circunstancias, el antropólogo puede haberse planteado muchos problemas y tener en la punta de la lengua muchísimas preguntas, pero lo que ignora es hasta qué punto su interlocutor está dispuesto a someterse a un interrogatorio [...] . La etnografía ha de tener en cuenta, por otro lado, las formas de comunicación usuales en la sociedad en la cual el antropólogo trabaja”.

Lluís Mallart, *Soy hijo de los evuzok*

La historia de Paulino Roa es compleja. Sin embargo, una primera lectura corre el riesgo de quedar enredada fácilmente en los aspectos más anecdóticos. Por eso he querido sintetizar de alguna manera su contenido³² siguiendo las dos coordenadas que planteaba al principio, la espacial y la temporal –los espacios y los tiempos–, desarrollando esta última en su doble dimensión diacrónica y sincrónica, la memoria histórica viva de la comunidad y la situación contemporánea y presente de un día de invierno del año 2001.

Empezaré por la dimensión espacial, a la que denomino “topografía vital cotidiana”. Esta se compone de cinco ámbitos: el huerto, la cocina, el taller y el portal, la iglesia y el museo. Veámoslos con detalle.

1. El huerto: Representa en primer lugar un medio que se integra en la llamada economía doméstica de subsistencia. Paulino reconoce: “Me gusta tener porque así no tienes que comprar, y sabes lo que siembras. Porque si vas a la venta muchos llevan a vender, sí, sí, pero no sabes lo que te venden” (Roa, 22-11-01). Al mismo tiempo, desde un punto de vista más existencial, el huerto representa *el futuro*. La sustitución de un tiempo cronológico-histórico (cultural) por el tiempo cíclico de la propia naturaleza (natural), le hace pensar en la regeneración de la vida a través de la persona de la Nena como esperanza para que su familia (en una palabra, su universo cultural) continúe. A los otros nietos, a pesar de ser “de su propia sangre” –la Nena es adoptada–, no se refiere nunca como continuadores porque viven fuera y ya poseen su propia trayectoria familiar. Ainara, sin embargo, es la hija del hijo elegido que va a heredar-continuar con la “casa”.

2. La cocina: Para Paulino es un ámbito familiar que comparte con Asun como espacio doméstico: “Bájame ese bote” (Asun, 7-11-01), y en el que por tanto se encuentra sometido a su

³² Tenga presente el lector que ésta es únicamente una interpretación posible entre las muchas que sin duda pueden hacerse de la historia de vida que se acaba de exponer.

vigilancia. Es el ámbito doméstico donde se come, se desarrolla la sociabilidad (no existe salón) y se recibe a los visitantes (por ejemplo, al cartero). Se accede por el portal directamente desde la calle y contiene dos elementos significativos: el televisor y la chimenea. La presencia del fuego (la repisa de la chimenea está labrada por él y reza: “Si viene ángel, que halle luz. Si viene diablo, que halle cruz”) podría interpretarse en este sentido como un símbolo del hogar y como un medio ritual propicio para atraer los aspectos relacionados con la prosperidad y repeler las fuerzas nefastas. La cocina constituye asimismo el espacio por excelencia en el que afloran los recuerdos de la guerra.

3. El taller y el portal: El taller constituye un espacio propio de Paulino donde no interviene Asun y produce sus creaciones artesanales. Su ascendencia personal y su seña de identidad como Paulino Roa, *El Artesano de Pipaón*, se encuentra materializada en la figura del cencerro que había sido de su padre, quien le enseñó en su infancia a trabajar con las manos. “Ése es un cencerro que aunque me den a mí 100.000 pesetas no lo doy, porque era cuando mi padre era pastor de vacas, ¿sabes?” (Roa, 22-11-01).

Por su parte, el portal es el lugar donde Paulino *expone* los trabajos en madera que ha producido en el taller. En él se encuentran también fotografías, el diploma del Papa, cuadros con huesos de jabalíes, etc. En fin, el portal es el lugar al que cualquier persona accede al entrar a la casa y representa el *museo personal* de Paulino, su presentación ante la sociedad: “En el Museo de Bellas Artes de Bilbao, en el Casco Viejo número 4, allá si vas le preguntas a la chica aquélla, Amaya me parece que se llama. Quería llevarse cosas de mi portal... ¡Oye maja, no!” (Roa, 7-11-01) Supone un espacio exclusivo, frente al espacio disputado con Pilar Alonso que representa el Museo Etnográfico.

4. La iglesia: Es el lugar donde Paulino despliega su religiosidad (formal), al mismo tiempo que un escenario a través de cuyas transformaciones y objetos resulta posible leer la historia de Pipaón: su crecimiento y su declive. Vivencias colectivas como la visita al Papa o el concurso de belenes conviven con la experiencia personal: su propio bautizo o la boda de su hijo. Al mismo tiempo asistimos, como en cualquier otro espacio de la comunidad, a una proyección (o apropiación) de Paulino a través de los objetos: “Ése es San Juan Bautista, la concha que tiene en esa mano es de nogal –como eso que has visto en el taller–, la hice yo y se la puse. Y ese bastón le puse yo, y la calabaza. Y a aquel le puse también las flautas” (Roa, 22-11-01). Pero la obra representativa por excelencia es sin duda en este sentido el altar (se trata ya del ámbito de lo sagrado).

5. El museo: Es el escenario de abierto enfrentamiento y oposición a la figura de Pilar Alonso, el lugar donde ambos intentan reivindicar y ejercer su respectiva *autoridad etnográfica* presentándose como representantes legítimos –e irreconciliables– de su comunidad: “Esto lo he vivido yo y lo sé y lo explico a todos... A Pilar Alonso le llevo yo treinta y tantos años, y ha estudiado algo, ella sabe algo. Pero se pone a explicar a muchos y no quieren, porque les habla, les habla cosas que no son. Yo lo digo tal como es” (Roa, 7-11-01). Paulino reclama para sí este espacio por derecho propio (son sus obras y sus fotografías las que se muestran en él) y es el único lugar donde encontramos de forma institucionalizada la manera que posee de articular sus recuerdos a través de los objetos. También es un espacio en el que se hace presente el recuerdo paterno: el cuerno, el yugo con las letras “Ángel Roa”. Por último, el museo representa al mismo tiempo el *escaparaté* identitario de la comunidad.

Una vez explicitado sucintamente el aspecto espacial, es posible desarrollar las dos dimensiones en las que se dirige el marco temporal: una diacrónico-histórica que despliega la memoria viva de la comunidad (Tabla 1) y otra sincrónica-contemporánea de la situación actual de Pipaón (Tabla 2). La conjunción de ambas aporta mayor profundidad al estudio y le da validez como documento histórico comunitario susceptible de comparación.

Tabla 1. Perspectiva diacrónica: Memoria viva de la comunidad

Guerra Civil y Posguerra	“Aquí cuando estaba yo de alcalde nos mandaban de América la mantequilla, queso y leche en polvo, para la necesidad que había entonces en aquella época. Es que después de la guerra pan no había. Había la ración. Tenías trigo, ibas a moler de noche a los molinos –que estaba intervenido–, y luego amasabas en casa y así te valías” (Roa, 7-11-01).
Responsabilidades vecinales: <i>Renque</i>	“Las cosas del pueblo salían todas a subasta en el Ayuntamiento por las Pascuas de Navidad, que era el día de los remates, el día 26. Se iba allá, ¡y a ver quién lo hacía más barato! Se avisaba a todos los vecinos a la sala, el alcalde tenía seis concejales, yo lo he visto” (Roa, 22-11-01)
Auge y esplendor de Pipaón	“Pero aquí ha habido mucha gente, en el pueblo. Muchas veces me hago yo cuenta, digo ¡pero ande se metía tanta gente! Un hermano mío que murió, estaba en Burgos de capitán, cuando venía de permiso me tenía dicho que había leído en una biblioteca cosas de Pipaón. ¡Fíjate, en Burgos! Pipaón, cuando tenía 92 vecinos. Vecinos, ¿eh? ¡Y dos curas párrocos!” (Roa, 22-11-01)
De la elaboración del carbón al cultivo de la patata	“Antes, antes se iba al monte, a hacer carbón de cisco y ganaderos, y labranza, pero había muchos vecinos y poca tierra. Y se empezó a sembrar esto de la patata a raíz del año cuarenta, antes se sembraba poca. La traemos de Holanda, certificada, que Javier tiene ahí igual 300.000 kilos. Luego la que cogen, la gorda, es la que emplean para consumo, porque es grande, y la pequeña es para sembrar” (Roa, 7-11-01)
Éxodo y despoblación	“¡Aquí había mucha gente! Y después ya empezó... Al monte había que hacer la vida haciendo carbón, y marchó mucha gente de aquí a trabajar a Legazpia, a Bilbao –a todos los sitios-, a San Sebastián...” (Roa, 22-11-01)

Tabla 2. Perspectiva sincrónica: Situación actual de Pipaón

Ainara, la Nena (migraciones contemporáneas)	“¡Y va a hacer dos años que vino aquí!, el día Santa Lucía, el día 13 de diciembre. Estaba nevando. Y la mandaron de allá, de la República Dominicana, la trajeron a Madrid, tuvieron que ir a por ella. Y de allá vino aquí” (Roa, 7-11-01).
<i>Paquistanes</i> (Inmigrantes musulmanes en los trabajos agrícolas)	“En la <i>saca</i> patatas echábamos obreros, cuando no teníamos máquinas como ahora, y vinieron una vez –la máquina de Javier sacaba con el tractor, sacaba las patatas y ellos a cogerlas, en sacos– cuatro o cinco paquistanes, ¡jo!” (Roa, 22-11-01)
<i>Euro</i> (Unificación de la Economía Europea)	“¡Que luego nos van a volver locos con esto del Euro! ¡Me cagüen diez, esto del Euro! Para los ancianos como nosotros va a ser el acabose... Ya digo, pero luego han de hablar otra vez y han de sacar una lengua en todo el mundo (riendo)” (Roa, 22-11-01).

Mecanización del campo	“La hija mía ha comprado máquina cosechadora para la remolacha, el año pasado sacó 1.700 toneladas, a la azucarera de Leopoldo, de Miranda. Este año tienen más que el año pasado. La cosechadora va y le quita las ramas y la arranca y la carga en proba, y al remolque. No le echan la mano, ahora, y antes había que sembrarla a mano, limpiarla, escardarla, ¡boh!h!” (7-11-01)
Despoblación (Éxodo rural, envejecimiento de la población)	“Esta noche dicen que han llevado a un chico... ¡Me cagüen diez, qué pena! Un chico que está con la madre; sólo. Dicen que si anoche a las once... que si le dio un infarto o no sé qué. Y hay... Pues estamos pocos” (Roa, 7-11-01)

V. Carta de Paulino Roa: reflexión en el espejo

Concluida la historia de vida, le envié el resultado a Paulino en una carta. Lo sabía deseoso de contar con un ejemplar impreso que contuviera todo lo que me había narrado. Sin embargo, nunca me planteé el efecto que tendría en él leer sus propias palabras convertidas en *texto escrito*. Tras un juego de espejos, de refracción de imágenes y discursos –en sus vecinos, en las notas de los periódicos y los medios–, Paulino recibía ahora una versión acabada del autorretrato reflexivo que había ido elaborando a lo largo de los años. El texto final era el reflejo de la imagen ideal que él mismo había creado e incluía la fragmentariedad, la textura oral y su organización narrativa liberada del desenvolvimiento lineal o cronológico de los hechos y su particular anclaje memorístico en los objetos y los espacios. En esta amalgama discursiva Paulino se leía y reconocía convertido en el personaje que él había diseñado, hablando por su boca y dialogando, describiendo, actuando por medio de sus mismas palabras y expresiones, ahora vertidas, fijadas, en letra impresa.

Después de leer su historia, me escribió una carta devolviéndome su reflejo en el espejo:

Pipaón 28 de Noviembre 2002

A la familia de mi buen amigo David Lorente Fernández, salud les deseo como panosotros por el momento bien gracias a Dios. Sr. Lorente, Aunque un poco retrasado [le escribo] para decirles que ya recibí la Carta de su hijo David la que me mando todo el trabajo que realizo referente a la vida mia, pues nos alegro mucho porque... a barías amistades que yo les enseño esto se quedan asombrados de esto que me hizo una persona sin conocernos.

Pues esto para mi, es como la historia de un Poeta, porque usted no me Conoce como David su hijo y es una pena que no nos veamos en persona [.]. Si en alguna ocasión tenemos provalidaz [probabilidad] ya celebraremos esa visita para visitar a la Pilarica que tanta devoción le tengo, pues desde el año 1.937 que por primera vez le vese en su templo cuando me encontraba en Teruel en Albarracín por estas mismas fechas durmiendo encima la Nieve en Villarquemado y Monrreal del campo pues las 3 Provincias Aragonesas las Conozco muy bien desde las épocas de la Pos Guera pues tengo grandes recuerdos de los viento[s] de[l] Moncayo El Canal imperial el Rio Alframbra y los Pirineos de Huesca y Jaca.

Bueno, voy a cortar mi lectura y no les escrito antes porque están [estaba] con las Gafas Rotas y a mis 84 años y 7 meses estoy haciendo rayas y me temo que

igual no me las entienden. No les digo mas que estoy en espera de las noticias que Daviz me tiene prometido que me mandara según baya Con sus estudios, deseo que sean buenos.

Bueno, Señores Lorente Reciban lo mejor que les puedo dar de esta familia,

Felices Navidades
Paulino Roa y Asunción.

Bibliografía

- BATESON, Gregory
1990 *Naven*. Madrid: Júcar Universidad.
- BENEDICT, Ruth
1989 *El hombre y la cultura*. Barcelona: Edhasa.
- BERTAUX, Daniel
2005 *Los relatos de vida: perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- CLIFFORD, James
2001 *Dilemas de la cultura: Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- CRAPANZANO, Victor
1980 *Tuhami, Portrait of a Moroccan*. Chicago: The University of Chicago Press.
- DELIBES, Miguel
2000 *El disputado voto del señor Cayo*. Barcelona: Destino.
- FERRÁNDIZ, Francisco
2011 *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Barcelona, México: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- GEERTZ, Clifford
1987 *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
2000 *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- GINZBURG, Carlo
1997 *El queso y los gusanos*. Barcelona: Muchnik Editores.
- HAMMERSLEY, Martyn; ATKINSON, Paul
1994 *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- JOCILES RUBIO, María Isabel
2006 “La imposición de los puntos de vista durante la entrevista etnográfica”, en *Antropología Portuguesa*, 22/23: 9-40.
- LEWIS, Oscar
1975 *Los hijos de Sánchez*. México: Joaquín Mortiz.
1992 *Antropología de la pobreza*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LISÓN TOLOSANA, Carmelo
2000 “Informantes: in-formantes”, en *Revista de Antropología Social*, 9: 17-26.
- LORENTE FERNÁNDEZ, David
2003 “El lugar de la fiesta en el nuevo contexto identitario de la ruralidad: El rito de ‘quema de pellejos’ en Pipaón (Álava)”, en *Actas del IX Congreso de Antropología de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español (FAAEE)*. Barcelona: Institut Català d’Antropologia.
2010 “Trayectoria metodológica de una investigación etnográfica en México”, en *Revista Española de Antropología Americana*, 40 (1): 85-110.
- MALINOWSKI, Bronislaw
1973 *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona: Península.

MALLART, Lluís

1996 *Soy hijo de los evuzok. La vida de un antropólogo en el Camerún.* Barcelona: Ariel.

MARCUS, George; FISCHER, Michael

2000 *La antropología como crítica cultural.* Buenos Aires: Amorrortu.

MARTÍN GAITE, Carmen

2000 *La búsqueda de interlocutor y otras búsquedas.* Barcelona: Anagrama.

MARTÍNEZ MONTOYA, Josetxu

1998 “Prácticas identitarias y socio-culturales en el territorio histórico de Alava/Araba: de la diversidad socio-económica a la diversidad socio-identitaria”, en Fernández de Larrinoa, K. (Ed.). *Sociedad rural, desarrollo y bienestar*: 187-203. Vitoria-Gasteiz: UPV, EHU, Escuela Universitaria de trabajo social.

2003 “La plaza como lugar de representación/reproducción de la conciencia colectiva”, en Fernández de Larrinoa, K. (Ed.). *Sabor de identidad: Notas sobre identidad local, actualización etnográfica y desarrollo cultural*: 69-132. Iruña: Pamiela.

POZAS, Ricardo

1998 *Juan Pérez Jolote.* México: Fondo de Cultura Económica.

PUJADAS, Juan José

1992 *El método biográfico. El uso de las historias de vida en ciencias sociales.* Madrid: Cuadernos Metodológicos del CIS.

RABINOW, Paul

1992 *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos.* Madrid: Júcar.

SHOSTAK, Mary

1983 *Nisa: The life and words of a !kung woman.* New York: Random House.

VELASCO, Honorio; DÍAZ DE RADA, Ángel

1997 *La lógica de la investigación etnográfica.* Madrid: Editorial Trotta.

WRIGHT MILLS, Charles

1998 *La imaginación sociológica.* México: Fondo de Cultura Económica.

